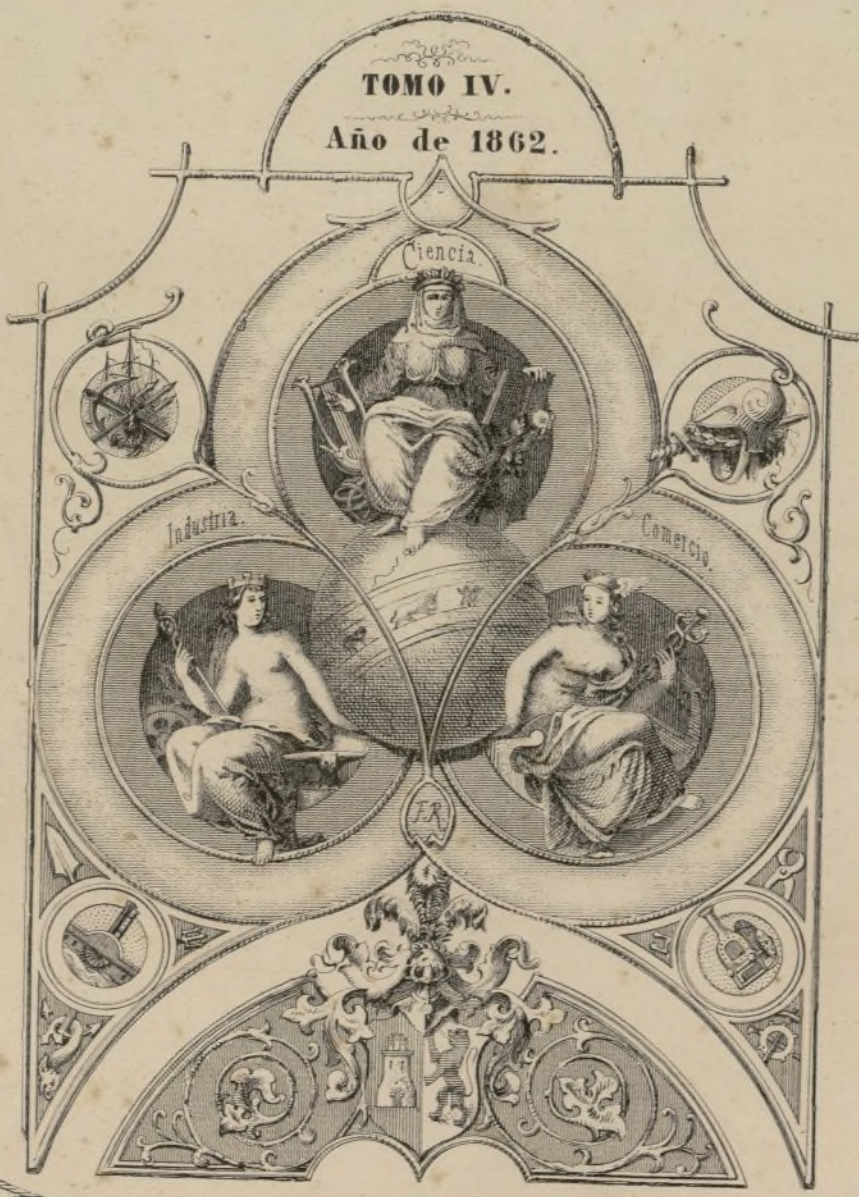


EL
MUNDO MILITAR

TOMO IV.
Año de 1862.



INDICE

DE LOS GRABADOS QUE CONTIENE EL TOMO CUARTO.

Acto del Te-Deum cantado por Monseñor Lefevre el día 10 de octubre de 1861, ante las tropas aliadas de España y Francia con motivo del cumpleaños de S. M. la Reina Doña Isabel II, en el campamento español de Saigong, 4 y 5.—Aspecto del Manzanares en la avenida del 1.º de enero de 1862, 9.—Ataque de la Cotta de Pagalugan por la goleta *Constancia*, 45.—Ataque de la Cotta de Pagalugan por la parte de tierra, 52.—Armadura florentina de niño, regalada por el primer Duque de Osuna á Felipe III, copia de la que existe en la Real Armería de Madrid, 64.—Acción del 16 de diciembre de 1861: la vanguardia mandada por el Capitán Olabe, bate al enemigo sobre el camino de Bien-hoa (Cochinchina), 81.—Alcázar de Segovia, 116.—Ataque de las posiciones enemigas en Long-Kien (Cochinchina), el día 19 de enero de 1862, por la vanguardia franco-española mandada por el Coronel Palanca, 140.—Aparato para platear y dorar por el sistema galvano-plástico, 200.—Aparato para llevar las anclas de los buques, invención de M. J. Saletti, de Marsella, 504.—Arco de triunfo levantado al pie de Sierra-Morena á la llegada de SS. MM. y AA., 509.—Arco triunfal erigido á SS. MM. y AA. por el Cuerpo de Artillería, en Sevilla, 521.—Aparato perforador empleado en el túnel del Monte Cénit, 532.

Borges, 72.—Buque-Cúpula de Coles, 172.—Broche presentado en la exposición de Londres por M. Herri Emmanuel, 184.—Batería Boardman, 261.—Bomba de vapor para incendios, de Merryweather é hijo, 537.—Batería móvil de Smith, 576.

Campamento español, en Saigong, 43.—Casco llevado por Ali-Bajá en la batalla de Lepanto, 24.—Casco del gran Duque de Alba, pieza existente en la Real Armería de Madrid, 52.—Corte del dique que se está construyendo en Londres para la Marina española, 56.—Carga de caballería de la tribu Guaicurus (Brasil), 56.—Comitiva fúnebre en que los mortales restos del Excmo. Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa fueron conducidos á la última morada, 60 y 61.—Cañonera construida últimamente en los Estados-Unidos, 85.—Carga dada por el Coronel Palanca, al frente de la caballería franco-hispana, á las fuerzas annamitas, 89.—Combate entre el *Monitor* y el *Merrimac* (Estados-Unidos), 129.—Cañón del sistema Armstrong, 149.—Corte de un proyectil hueco, 152.—Cochinchina: Toma de Mi Cui-Tai por las tropas franco-españolas, uno de los cuatro fuertes del cuadrilátero entre las plazas de Mi-thó y Unig-long, 189.—Crucifixión de los Mártires del Cristianismo en el Japon, 220.—Cróquis de las operaciones practicadas por las tropas franco-españolas en la toma de la plaza Unig-long, ocupada el 25 de marzo de 1862, 240.—Cróquis de las operaciones practicadas por las tropas franco-españolas al mando del Coronel Palanca, en la provincia de Mi-thó, desde el 27 de Marzo á 2 de abril de 1862, 248.—Castigo impuesto á los borrachos en el ejército de los Estados-Unidos, 263.—Corona de Hierro de los Reyes Lombardos, 280.—Combate en el Tennessee, Estados-Unidos de América, por el General confederado Morgan, 292.—Campamento formado por el Cuerpo de Artillería en Sevilla, con motivo de la estancia de Sus Majestades y AA., en dicha ciudad, 332.—Candelero eléctrico, 544.—Cajón blindado de cofa, empleado en los Estados-Unidos de América, 556.—Castigo que se da á los cobardes en el ejército de los confederados, en los Estados-Unidos, 415.

Despacho de emisión, 16.—Dique flotante que se está construyendo en Londres para la Marina española, 55.—Desembarco de la primera división del ejército español, al mando del General Gasset, en Veracruz, 41.—Detalle de ornamentación de la sala de las Piñas en el Alcázar de Segovia, 117.—D. Benito Juárez, Presidente de la República de Méjico, 192.—Detalles de un cañón, 261.—D. Manuel Robles, General mejicano, 337.—Drouyn de Lhuys, Ministro de Negocios extranjeros, 580.—Distribuidor, 597.—D. Jesus Gonzalez Ortega, General en jefe del ejército mejicano de Oriente, 400.

Eléctro-íman, 16.—Escenas de costumbres de las tribus patagónicas (demanda de matrimonio), 20.—Escenas de costumbres de las tribus patagónicas, (el bautizo), 21.—Excmo. Sr. D. Serafin María de Sotto, Conde de Clonard, 75.—El Contra-almirante francés Jurien de la Graviere, Comandante de la escuadra que opera en los mares de Méjico, 77.—El General francés de Lorencez, Comandante de las tropas francesas de la expedición de Méjico, 77.—El *Merrimac*, 155.—El *Monitor*, 155.—Embajadores Japoneses en Europa, 201.—El Capitán Cowper Philipps Coles, 169.—El Excmo. Sr. D. Evaristo San Miguel, Capitán General del Ejército, 188.—Ejercicio de cañón á bordo de la corbeta *Colon*, 209.—Episodio del cambio de frente verificado por el Ejército federal en Richmond, 268.—El Conde de Chambord, 269.—El *Steamer Stanley* de la Compañía de navegación de la India en el Ganges, 277.—El General Ulises Sr. Graut, Comandante en jefe de los federales en la batalla de Pittsburg (Estados-Unidos), 297.—El estereoscopio, 512.—Emplazamiento de la antigua Cartago, 535.—Estados-Unidos: Lanchas cañoneras empleadas por los federales sobre el Potomac, 545.—Entrada del túnel que debe atravesar el Monte-Cénit en los Alpes, 549.—El Príncipe Humberto de Saboya, hijo mayor del Rey Victor Manuel, 555.—Estátua de Ganímedes, 561.—El *Roanoke*, buque de coraza, 575.—El *Nagata*, buque de coraza, 575.—El *Puritano*, buque de coraza, 575.—El General italiano Palavicino, 584.—Episodio de la batalla de Trafalgar, cuadro presentado por el señor Sans en la exposición de Bellas Artes, 588.—Estados-Unidos: El vapor confederado *Alabama*, 596.

Francisco, Alberto, Augusto, Carlos, Manuel, Príncipe consorte de Inglaterra, muerto el día 14 de diciembre de 1861, 8.—Franchini, 72.—Fuente construida recientemente en Ciudad-Real á la memoria de Fernando Perez del Pulgar, 85.—Frictor del tamaño natural, 152.—Fragata *Nuestra Señora de la Concepcion*, de 37 cañones y 600 caballos, 158.—Fachada principal de la casa del Marqués, Dos-Aguas, en Valencia, 245.—Forey, General en Jefe de las fuerzas expedicionarias de Francia en Méjico, 249.—Fuerte Montgomery, 285.

General Halleck, 289.—Guerra de América, tipos y trajes del Ejército confederado, Artillería, 300.—Guerra de América, tipos y trajes del Ejército confederado, Infantería virgiana, 301.—Guerra civil de América, episodios de la retirada del Ejército federal, 529.

Inscripciones arábigas en el casco de Ali-Bajá, 24.—Indio caboda (Brasil) en el acto de disparar una flecha, 55.—Incendio de la ambulancia de la columna franco-española de operaciones en Cochinchina la noche del 25 de diciembre de 1861, 84.—Interior de la batería del *Merrimac*, 153.—Isla de Fernando Póo, señoritas de Soot y Smyth, 155.—Inscripción arábiga puesta sobre la puerta principal de la Alcazaba de Tetuan, 181.

John Charles Fremont, General de Ejército de los Estados-Unidos, 275.

La Canga, suplicio chino, 29.—Lancha cañonera empleada en el Mississippi (Norte-América), 96.—La fragata *Blanca*, de 37 cañones y fuerza de 360 caballos, 148.—Lord Palmerston, 168.—Lukavoukalovich, Jefe de los montenegrinos, 180.—La Princesa Alejandra, de Dinamarca, prometida esposa del Príncipe de Gales, heredero del trono de Inglaterra, 348.—Longwood Old-House, última morada de Napoleón I en Santa Elena, 365.—Los cinco santos titulares de SS. MM. y Príncipe de Asturias, cuadro presentado por el Sr. Palmaroli en la exposición de 1862, 404.

Manipulador del telégrafo de Morse, 16.—Marcha de una columna hispano-francesa, desde Cai-Lai á Mi-jui-tai, provincia de Mithó, al través de unos pantanos, 28.—Moma de un guerrero de la tribu de los coroados (Brasil), 56.—Media armadura de Alfonso Dávalos, célebre Capitán de Carlos V, copiada de la que existe en la Real Armería de Madrid, 65.—Martínez de la Rosa 68 y 69.—Molde para fundir los proyectiles del sistema de Armstrong, 149.—Munición para el cañon sistema Armstrong de 100 libras, 152.—Mujeres indígenas de la isla de Corisco (posiciones españolas del golfo de Guinea), 161.—Mazzini, 181.—Magnífica copa dedicada á la memoria de Sakespeare, y presentada en la exposición de Londres por M. Hancock, 197.—Monumento elevado á la memoria del difunto Rey de Saboya Carlos Alberto en los jardines zoológicos de la exposición de Londres, 208.—Medalla de premio de la exposición de Londres, 256.—M. Thouvenel, Ministro de Negocios extranjeros en Francia, 264.—Marcha oficial de los Plenipotenciarios franco-españoles y los representantes annamitas al acto de firmar el tratado de paz, 276.—M. Fould, Ministro de Hacienda del Emperador Napoleón, 281.—Medidores de tiempo en la antigüedad, 536.—Mortero monstruo fundido en los Estados-Unidos de América, 544.—María Federica Amalia, ex-Reina de Grecia, 572.—Méjico, torre llamada de Hernán-Cortés en Tepeaca, 585.—Méjico, vista de Aculcingo y entrada de las cumbres, 589.—Máquina de composición tipográfica, 597.—Mayor general Stonewall-Jackson, del Ejército confederado del Sur, en los Estados Unidos, 405.—Máquina de vapor vertical, fija ó locomotora, presentada en la exposición de Londres por MM. Hermann Le Chapelle y Glover, 408.—Muerte de San Lorenzo, cuadro presentado en la exposición por el Sr. Vera, 412.

Nuevo sistema de cañon reвольver, ensayado en los Estados-Unidos, 80.—Nicolás Alejandrowitsch, Príncipe imperial de Rusia, 255.—Napoleón III, Emperador de los franceses, 565.—Nuevo aparato telegráfico de socorro, 592.

Obreros perforadores en el túnel del Monte-Cénit, 549.—Othon I, ex-Rey de Grecia, 569.

Plano de la toma de la Cotta de Pagalugan el día 17 de noviembre de 1861, por las fuerzas de mar y tierra del Ejército filipino, 43.—Plano de las evoluciones militares ejecutadas en el puerto de Alicante, á las órdenes del Jefe de escuadra Sr. Pinzon, 103.—Paso del río Sang-ra (Cochinchina), y toma de un puente cortado, del cual y sus posiciones, en la orilla opuesta, fué rechazado el enemigo por la vanguardia franco-española, á las órdenes del Coronel Palanca el 25 de enero de 1862, 124.—Plano y perfil del *Monitor*, 156.—Proyectil hueco, 152.—Proyectil sólido, 152.—Pruebas de cañones de grueso calibre, en Sæbryness, 157.—Pedro Luis Federico Sauvage, inventor de la hélice, 160.—Posiciones españolas del golfo de Guinea-Voloade, Jefe indígena de Débola, en la isla de Fernando Póo, acompañado de una de sus mujeres, 177.—Posiciones españolas del golfo de Guinea, negros bubis de la isla de Corisco, 185.—Posesión del golfo de Guinea: cuartel construido en la isla de Fernando Póo, 195.—Portada del célebre monasterio de Ripoll, en Cataluña, 252.—Paso de S. M. la Reina por la Puerta de Sol, al dirigirse en la tarde del 19 al Santuario de Nuestra Señora de Atocha, 256.—Puerta herculana y arrabal de Félix Augusto, conocida con la denominación de ría de los Sepulcros, 285.—Plano de la acción de la Puebla entre el Ejército francés, al mando de Lorencez, y los mejicanos á las órdenes del General Zaragoza, 272.—Prisión de Garibaldi en Aspromonte, 540.—Pila de Volta, 560.—Péndulo electro-balístico de inducción, 568.—Pén-

dulo electro-balístico de inducción, 576.—Patras, residencia del Gobierno provisional de Grecia, 581.—Pascucci, cuadro presentado por el Sr. Palmaroli en la exposición de Bellas Artes de 1862, 595.

Receptor del telégrafo de Morse, 16.—Reconocimiento verificado por el General Gasset en las inmediaciones de Veracruz, 76.—Retrato del guerrillero napolitano Luis Alonso (a) Chiavone, 84.—Retrato de M. Ratazzi, Presidente del Consejo de Ministros en Turin, 115.—Radam II, Rey de Madagascar, 163.—Retrato del V. P. Rodriguez, misionero del Japon, 221.—Retrato de Greffard, Presidente de la república de Haiti, 224.—Retrato de algunos Jefes de la Herzegovina, 260.—Retrato del Presidente de la república de Liberia, 295.—Retrato de la Princesa Pia de Saboya, actual Reina de Portugal, 515.—Richmond, capital de la Virginia, Estados Unidos de América, 525.—Retrato del Capitán Semmes, Comandante de la célebre fragata *Alabama*, de los Estados-Unidos del Sur, 401.—Retrato del Príncipe Alfredo de Inglaterra, 409.

Sepulcro llamado de los Horacios, en las inmediaciones de Roma, 1.—Silla de guerra del Cid Rui-Díaz de Vivar, existente en la Real Armería, 40.—S. M. la Reina es saludada por los Diputados de la nación al regresar por frente del palacio de las Cortes de su solemne visita al templo de Atocha el día 24 de enero, 44.—Silla de montar turca, regalada por el Sultan al Rey Carlos III, tomada de la Armería real, 48.—Salida del General Prim del puerto de la Habana, con dirección á Veracruz, 49.—Sala llamada de los Reyes en el Alcázar de Segovia, 117.—S. M. el Rey Victor Manuel, 157.—Subida á la gran pirámide de Egipto, 141.—Simulacro verificado en la bahía de Alicante en presencia del Excmo. Sr. Ministro de Marina, 204.—S. M. la Emperatriz Eugenia, 244.—S. A. I. el Príncipe Constantino, Nicolaswitsch, Gobernador de Polonia, 225.—Situación actual de Pompeya y Herculano con respecto al Vesubio, 235.—Su eminencia el Cardenal Antonelli, 257.—Sable cochinchino, con empuñadura de nácar y adornos de plata, regalado al Sr. Coronel Palanca por uno de los Generales cochinchinos, 296.

Tipos de las tribus patagónicas, 20.—Tipo de un Jefe de las tribus guerreras de los Coroados (Brasil), 57.—Tipo de un Jefe de las tribus de los Botocudos (Brasil), 57.—Tipos de Nouka-Hiva, 88.—Tipos del Ejército de la república mejicana, 97.—Tipo del soldado del Ejército del Sur en la república de Méjico, 104.—Tipo mejicano (el arriero), 112.—Tipos de mujeres kabilas de las tribus de Melilla, 153.—Tipos de moros de la costa del Rif, en la inmediación de Melilla, 164.—Tumba de lord Byron, 176.—Thibala-Sadataro, uno de los Embajadores japoneses en París, 196.—Tienda de campaña donde SS. MM. y AA. almorzaron, al pie de Sierra Morena, 305.—Tipo del sereno en Méjico, 517.—Trozo del canal navegable que conduce al lago Timsah en la proyectada comunicación de los dos mares en el Istmo de Suez, 416.

Ultimo responso al Excmo. Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa en el acto de ser depositado en el camposanto, 57.—Uniforme mandado usar á los caballeros de las Cuatro Ordenes militares, 284.

Vista general del valle de Méjico, 12.—Vista de la puerta llamada de San Antonio en Méjico, 15.—Vista del puerto de Veracruz y fuerte de San Juan de Ulúa, ocupado por la primera división expedicionaria española al mando del General Gasset, el día 17 de diciembre de 1861, 17.—Vista del arco del Emperador Constantino y de la fuente llamada Meta-Sudans, 21.—Vista de la ciudad y puerto de Tampico en el golfo de Méjico, 25.—Vista del ataque y toma de la Cotta de Pagalugan el 17 de noviembre de 1861, 92 y 95.—Vista general de la plaza de Melilla, 100 y 101.—Vista del fuerte que defiende el paso del cerro del Perote, en el camino de Veracruz á Méjico, 105.—Vista de la cumbre del cerro llamado Cofre de Perote, de Veracruz á Méjico, 108.—Vista de la torre llamada de Cráneos, en la isla de Zervi (Gelves) en las costas de Túnez, 108.—Vista general del terreno que ocupa la ciudad de Nauplia (Grecia), 109.—Vista de la plaza de Nauplia, 109.—Vista del desfiladero y vado de Rio-Frio, en el camino de Veracruz á Méjico, 120.—Vista de Jalapa en el camino de Veracruz á Méjico, 121.—Vista de una parte del Huerto de Getsemani, al pie del Monte de las Olivas, 125.—Vista de Nazareth, 128.—Vista del puente nacional en el camino de Veracruz á Méjico, 132.—Vista de la gran pirámide de la esfinge y de las escavaciones recientemente hechas en Egipto, 144.—Vista de la Puebla de los Angeles, en el camino de Veracruz á Méjico, 145.—Vista de los baños llamados Viejos en Albama de Aragón, 212.—Vista de los baños de Arechavaleta en la provincia de Guipúzcoa, tomada desde el camino real, 215.—Vista del desfiladero de los Balkanes, gran cordillera de la Turquía europea, 216.—Vista de la cubierta de la fragata de hélice *Princesa de Asturias*, 217.—Vista del Real Sitio de San Ildefonso, tomado desde la casa de vacas, 228.—Vista del Estrecho de los Dardanelos, 229.—Vista de una de las estaciones del camino de hierro de Alejandria al Cairo (Egipto), 257.—Vista del Monasterio del Paular, 241.—Vista del Foro romano en Pompeya, 252.—Vista de las dos estatuas colosales Chama y Tama, durante la última inundación del Nilo, 288.—Vista general de la entrada de Sierra-Morena á la llegada de SS. MM. y AA., 308.—Vista de la plaza del Liceo de Barcelona durante la inundación, el día 14 de setiembre último, 516.—Vista del árbol llamado de la Noche triste, en Méjico, 520.—Vista general de Orizaba, cuartel general del Ejército francés en Méjico, 521.—Vista del *James River*, en los Estados-Unidos, 528.—Vista de la entrada del puerto de Mahon, 577.

INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

Academia de Ciencias en Francia, 4.—A las Bellas-Artes, 5.—Arco de Constantino en Roma, 23.—Anécdotas históricas, 48.—Apuntes sobre la historia de la filosofía, 69, 91, 110, 133, 173, 206, 260, 270.—Austria y Prusia, 74.—Anteojo de tiro, 105.—Amor, teoría y práctica, 111.—Alcázar de Segovia, 113.—Adios á España, 139.—Album de la infancia española, 191.—Amparo, leyenda, 270, 286, 294, 302, 311, 323.—Amazonas bohemias, 275.—Amor, 299, 307, 318.—Aparato llamado Guindeau (Cabrestante), para levar áncoras, original de M. J. Saletti, constructor en Marsella, 305.—A la quemadura del dedo y al frio corazon de una amiga mia, 342.—Alumbrado eléctrico, 342.—Aparato para medir bases, 359.—Apuntes biográficos de M. Drouyn de Lhuys, Ministro de Negocios extranjeros del Gobierno imperial francés, 378.—Ascension aereostática, 391.—Apuntes biográficos de D. Jesus Gonzalez Ortega, General en Jefe del Ejército mejicano, 399.—Adelantos científicos, 399.—Antigüedades, 413.

Biografía de Juan Sebastian de Elcano, por D. Juan Cotarelo y Garastazu, 43, 51, 59, 67.—Borges, 71.—Batería flotante de los Estados Unidos, 86.—Batalla de Pittsburg-Landing, 141.—Buque cúpula de Coles, 175.—Biografía del Excmo. Sr. D. Evaristo San Miguel, Capitan general de los Ejércitos, 179, 186, 193.—Broche de esmeraldas y diamantes, 182.—Baños de Arechavaleta, 215.—Buques de coraza de los Estados Unidos, 230.—Batería Boardman, 265.—Buenos revolvers, 345.—Bendicion de la nueva bandera del batallon de cazadores de las Navas, 351.—Biblioteca de Salamanca, 367.—Batería móvil de Smith, 373.

Crónica de la semana, 1, 9, 18, 26, 34, 42, 50, 57, 65, 73, 81, 90, 97, 105, 113, 121, 130, 137, 145, 153, 161, 169, 177, 185, 193, 202, 209, 217, 225, 233, 241, 249, 257, 265, 273, 281, 289, 297, 305, 313, 321, 329, 337, 345, 353, 361, 369, 377, 385, 393, 401, 409.—Casco que llevaba Ali-Bajá en la batalla de Lepanto, 25.—Casco del gran Duque de Alba, 32.—Cochinchina, 46, 63, 237, 247.—Comunicación, 48.—Curiosidades, 79, 105, 133, 175, 225.—Concierto sacro en el Teatro Real, 86.—Costas del Mar Blanco, 93.—Costumbres sorianas, 93.—Cañonera de los Estados Unidos, 93.—Con el Ejército todo, sin el Ejército nada, 142, 163, 186, 203.—Costumbres filipinas, 155.—Cuatro palabras sobre el siguiente manuscrito (Manuscrito antiguo), 238.—Camino de hierro en el Cairo, 239.—Cambio de frente del Ejército de Mac-Clellan, 242.—Casa del Marqués de Dos Aguas, 247.—Caudillos de Herzegovina, 262.—Curiosidades geográficas, 269.—Cálculo del agua que pasa por la catarata del Niágara, 269.—Corona de los Reyes lombardos, 279.—Cronógrafo eléctrico, 313.—Cartago, 335.—Comisión científica, 345.—Cañon monstruo, 391.—Castigo que se da á los cobardes en la guerra de América, 413.—Canalización del istmo de Suez, 413.

Diques flotantes, 39.—Detalles de la toma del fuerte de la Cotta, 42.—Dramas judiciales de la China, 46.—D. Benito Juárez, Presidente de la república de Méjico, 191.—Dorado y plateado por medio del galvanismo, 198.—Doña Elvira de Villena, 214, 223, 231, 247, 254, 262.—Descubrimiento telegráfico, 367.—Dinastía Othon en Grecia, 373.—Duracion del servicio militar en los diversos países de Europa, 391.—Descubrimiento curioso, 413.

El Príncipe Francisco, Alberto, Augusto, Carlos, Manuel, 6.—Electro-iman y telégrafo de Morse, 22.—Ensayo sobre el carácter, costumbres y espíritu de las mujeres en las diversas épocas históricas, 37, 44, 69, 85, 102, 123, 166, 189, 222, 234, 283, 334, 341, 372, 396, 403, 411.—Estados Unidos, 55, 66, 106.—El soldado, 38.—El artista, 78.—El Contra-almirante M. Jurien de la Graviere y el General Conde de Lorencez, 78.—Ejército en los tiempos anti-

guos, 99, 106, 114, 123, 138.—El volcan de Taal, 117.—El *Merrimac* y el *Monitor*, 131.—Escelencia del trabajo, estudio filosófico, 147.—El naufrago del Riff, 150, 213, 222, 230, 246, 261, 293, 301.—Ensayo de cañones de grueso calibre en Shoeburyness (Inglaterra), 159.—El caudillo de los insurrectos de la Herzegovina, 182.—Establecimientos de baños de Alhama, 212.—El gran duque Constantino de Rusia, 227.—Extracto de la arenga de Cayo Mario á los romanos, 230.—Expedicion á Mi-cui, 242.—El General Forey, 225.—El Cardenal Antonelli, 263.—El Conde de Chambord, 271.—El fuerte Montgomery, 286.—Estatuas colosales, 286.—El estereoscopio, 309.—Expedicion al Pacífico, 350.—Exposicion de Bellas-Artes, 350, 349, 388, 396, 402.—Electricidad debida á la pila de Volta, 356.—Estátua de Ganimedes presentada en la exposicion española de Bellas-Artes de 1882, 363.—Esplotaciones curiosas, 367.—El Ramadan, 374.—Estadística de los siervos en Rusia, 391.—El vapor *Alabama* de los separatistas, 399.—El planeta Marte, 399.—El Capitan Semmes, 407.—Enseñanza agrícola y fomento de la agricultura, 410.—El Príncipe Alfredo de Inglaterra, 413.

Fantasia histórica dedicada al Comandante graduado don Pedro de Prado y Torres, por el Capitan Olabe, 53.—Franchini, 71.—Fusi-Jama, montaña sagrada del Japon, 125.—Fabricacion de los cañones Armstrong, 146, 157, 170, 178.—Fernando Pío, 207.—Fallecimiento de Sir Jhon, Inglés, 345.—Fallecimiento del Coronel Cort, 359.—Fabricacion nacional de armas de Oviedo, 367.

Granada, 54, 62.—Greffard, 223.—Gendarmería siciliana, 275.—Guerra civil en el reino de las dos Sicilias, 346.—Guerra civil de Norte-América, 358.

Halleck, General en Jefe del Ejército unionista, 293.—Habitacion de Napoleon I en Santa Elena, 367.—Honores militares, 391.

Insurreccion de la Herzegovina, 82.—Imperio annamita, 118.—Ideas, 148.—Insurreccion de las poblaciones cristianas en Turquía, 180.—Imperio otomano, 187, 193, 203, 218, 254, 238, 266, 274, 282, 290, 298, 306, 314, 322.—Ideas generales acerca de la arquitectura, 291.—Imitacion de Góngora, romance, la vida del muchacho, 413.

Justicia del Riff, 3.—Juramentos, pruebas y combates judiciales, 113, 131, 134.—John Charles Fremont, 278.—James-River y Richmond, 327.

La ojeada del guerrillero, 2.—La Sierra de Cameros, 6.—Los cazadores de bisontes, 7, 13, 25, 39, 53, 71, 103, 119, 127, 133, 143, 151, 159, 167, 173, 183, 191, 198, 207, 213, 225, 232, 239, 248, 253, 263, 271, 279, 287, 293, 303, 311, 320, 327, 333, 343, 351, 359, 367, 373, 383, 391, 399, 407, 413.—Lucha entre kabilas, 18.—La Canga, suplicio chino, 52.—La copla del soldado, 63.—Las Alpujarras de Cameros, 70.—Luis Alonso (a) Chiavone, 86.—La batalla de Vad-Rás, 90.—Los buques de coraza, 114.—La Expiacion, 119.—La verdad sobre la China, 157.—Lágrimas! 167.—Lord Palmerston, 167.—La primera inspiracion, 174.—Lord Byron, 174.—Locura de amor, 182.—Los cosacos, 190.—La Embajada japonesa en Europa, 203.—Los poetas de la India antigua, Kalidasa, 211, 219, 227, 233, 244.—La medalla de premio de la exposicion de Londres, 231.—Liberia ó la república de los negros, 300.

Melilla, 98.—Mr. Urban Ratazzi, 119.—Mis soledades, 127.—Madagascar, 164.—Mazzini, 185.—Mártires del Japon, 223.—Monasterio del Paular, 247.—Manuscrito antiguo, 252, 258, 267, 277, 283, 290, 298, 306, 313, 324, 332, 339, 347, 354, 362, 371, 380, 387, 393.—Mr. Eduardo Thouvenel, 265.—Mr. Fould, 285.—Macbeth, tragedia en cinco actos, 287, 294, 310, 318, 326, 341, 350, 358, 366, 373, 382, 397, 406, 414.—Méjico, 313, 323, 334, 338, 346, 354, 362,

370, 379, 386, 394, 402, 410.—Maria Pia, Princesa italiana, 319.—Medida del tiempo entre los antiguos, 331.—Mortero colosal, 343.—Monumentos á Murillo y á Vasco de Gama, 367.—Moneda del Rey Gerón, 391.—Máquinas de composicion tipográfica inventadas por Younz y Mitchel, 399.—Marina de los Estados federales, 407.—Monumento á Colon en Génova, 407.—Máquina de rayar, 413.

Necrologia, 68, 75.—Nouka Hiva (Oceania), 86.—Naplia, 112, 133, 139.—Número de los idiomas conocidos, 173.—Norte-América, 190.—Negritos aetas ó del monte, 197.—Navegacion en los rios de la India y China, 279.—Nuevo uniforme de las Ordenes militares, 287.—Nuevo telescopio, 327.—Noticia biográfica del Rey Othon, 331.—Noticia biográfica del General francés Perrin-Solliers, 359.—Nuevas minas de oro, 339.—Nueva flota de los Estados Unidos, 375.—Nuevos descubrimientos en Pompeya, 399.—Nuevo método de embalsamar, 407.—Nuevo planeta, 413.—Nuevo buque con coraza y espolon, 413.—Nuevas teorías, 413.

Opinion del *Morning-Post* por lo tocante á la cuestion de Méjico, 52.—Organizacion civil y militar del Imperio de Annam, 163, 171.—Operaciones sobre la plaza de Uniglong, 237.—Orizaba, 327.

Patagonia, 21, 27, 33.—Poesía verdad, 70.—Pesca de perlas, 103.—Pólvora blanca, 103.—Pedro Luis Federico Sauvage, 139.—Puerta principal del Monasterio de Ripoll, 251.—Poblacion de Rusia, 269.—Pólvora pironeme, 319.—Presupuesto de la guerra de Austria, 345.—Poder comparativo de los Estados europeos, 343.—Pruebas en Schoeburyness, 350.—Princesa Alejandra de Dinamarca, 351.—Poblacion de la Prusia, 331.—Perforacion del Monte Cénit, 333.—Privilegio de una bomba de vapor para incendios á Merriveather é hijo, 357.—Ponte entre Inglaterra y Francia, 339.—Péndulo electro balístico de induccion, 365, 370.—Progresos de la fotografía, 379.—Puerto de Mahon, 385.—Patras, 385.—Perfeccion introducida en los caminos de hierro con la instalacion de los aparatos telegráficos de socorro, 389.

Ramillete literario, 14.—Reconciliacion, 18.—Rarezas geográficas, 85.—Radama II, Rey de Madagascar, 167.—Reformas militares en Rusia, 211.—Real Sitio de San Ildefonso, 229.—Retrato de S. M. la Emperatriz de los franceses, 247.—Recuerdos militares de Pompeya, 251.—Reforma del cañon Armstrong, 327.—Revista de teatros, 359, 382, 403.—Revista científica, literaria y bibliográfica, 364.—Reformas de las Escuelas militares en Rusia, 383.—Revista científica, literaria y artistica, 390, 412.—Revista bibliográfica, 398.—Restos del Palacio de los Césares, 407.

Sepulcro de los Horacios y Curiacios, 7.—Silla de guerra perteneciente al Cid Rui-Diaz de Vivar, el Campeador, 39.—Simulacro, 64.—Solemne conmemoracion, 86.—Santos Lugares, 127.—Sepulcros indios, 127.—Subida á las Pirámides de Egipto, 139.—Sacrificio de los ojos humanos, 182.—Sobre el carácter peculiar de la nacion española, 221.—Sociedad de envenenadores chinos, 243.—Sir James Ross, 279.

Teatros, 14, 31, 47.—Tampico, 32.—Tribus guerreras del Brasil, 42, 50, 59, 66, 75.—Tabla cronológica de los viajes hechos alrededor del mundo, 71.—Torre de cráneos, 107.—Trastorno de la naturaleza, 133.—Telégrafo eléctrico entre ambos mundos, 367.

Una triste epopeya, 15, 29, 38, 47, 61, 84, 99, 111, 126, 134, 142, 158.—Una boda en el Riff, 198, 207.—Ulises S. Grant, 304.

Variantes critico burlescas del Diccionario de la Lengua, 11, 30.—Veracruz, 19, 26, 34.—Val-Doncel, 79, 87, 95.—Variedades, 197.—Visita militar, 226.

EL Panorama universal

AÑO IV.

DOMINGO 5 DE ENERO DE 1862.

NÚM. 115.

Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

SUMARIO. Grabados.—Sepulcro llamado de los Horacios en las inmediaciones de Roma.—Acto del *Te Deum* cantado por Monseñor Lefevre el 10 de octubre de 1861, ante las tropas de España y Francia con motivo del cumpleaños de S. M. la Reina

Doña Isabel II en el campamento español de Saigong.—Francisco, Alberto, Augusto, Carlos, Manuel, *Príncipe consorte*, de Inglaterra, muerto el día 14 de diciembre de 1861.

Texto. Crónica de la semana: exterior é interior.—La ojeada del guerrillero.—Poesía.—Academia de las ciencias en Francia.—A las bellas artes.—La sierra de cameros.—Sueños.—Novela.—Correspondencia.—Advertencia.

CRONICA DE LA SEMANA.

EXTERIOR.

LOS sucesos que afligen al vecino reino de Portugal arrebatando trágica y misteriosamente Príncipes que eran el amor de la nación é infalible garantía del porvenir, aterran en disposicion que en su presencia carecen de interés las demás graves cuestiones que actualmente se agitan en el Universo.

¿Qué infernal furia es la que en poco menos de un mes arrebató tres Príncipes de la heroica raza de Braganza, y si perdona la existencia de los dos que aun quedan, no es sino dejando en su parte mas noble huellas que tal vez ya tarde conseguirán borrar? Concebimos perfectamente el apasionado dolor del pueblo de Lisboa pidiendo á su manera esplicaciones de tan horrible misterio.

En vano los facultativos no encuentran en los augustos despojos mas que señales de una terrible enfermedad; el pueblo en la exaltacion de su dolor esclama: ¿Desde cuándo la muerte no elige víctimas sino entre los que se han mecido en régia cuna? ¿Cuándo se han echado de ver pre-

dilecciones en esa irrevocable ley á que nacemos condenados?

La sobreescitacion que hace ya tiempo predominaba en el pueblo lisbonense se exaspera con estas consideraciones, y estalla, como mal reprimido torrente, por las calles de la capital, yendo á estrellarse contra ciertas personas que su ciego dolor le hace mirar con prevencion.

Sabido es que el mal nunca se presenta sino con su funebre reata. Hé aquí cómo el pueblo, segun nuestras noticias, tradujo en tumultuosas escenas las afectuosas inspiraciones de su amor á la familia reinante.

«A las diez de la mañana del 25 se hallaba reunida en la plaza del Comercio gran multitud de pueblo esperando si-

lenciosamente el resultado de una peticion hecha al Cuerpo Municipal respecto de que el Rey saliera inmediatamente del palacio de Las Necesidades.

La Diputacion de la Asociacion patriótica encargada de hacer esta peticion, exigió posteriormente la dimision del Ministerio y la de varios ó todos los empleados de palacio.

El pueblo habia ya para entonces invadido la casa municipal y se entregaba á toda clase de exigencias.

Durante aquella borrascosa sesion, corrió la voz de que el Ministro del Reino acababa de entrar en la Secretaria. Gran parte del pueblo se encaminó hácia este sitio dando gritos y se agolpó en la puerta.

Habiendo de allí á poco conseguido el Sr. Presidente de la Cámara municipal establecer algo de orden en la sesion, se resolvió que tres funcionarios municipales, seguidos del pueblo pasasen en el acto á palacio á pedir al Rey trasladara á otro punto su residencia. Redactóse un mensaje en este sentido, y los tres Concejales, seguidos de unas mil personas, pasaron á desempeñarlo, abriéndose con mucha dificultad paso entre los apiñados grupos que cerraban la entrada de la calle del Arsenal.

El pueblo que acompañaba á los portadores del mensaje llegó silenciosamente y en buen orden á la plaza del palacio de Las Necesidades, por mas que en su tránsito se le fueron reuniendo numerosas turbas.

La guardia de palacio al ver al pueblo tomó las armas y formó en batalla; pero al saber el motivo que lo conducia se replegó al peristilo.



Sepulcro llamado de los Horacios en las inmediaciones de Roma. (Véase pág. 7.)

T. IV.

1

Los tres Concejales entraron en palacio y fueron recibidos inmediatamente por S. M.

De allí á poco, el Rey Sr. D. Luis y su augusto padre el Sr. D. Fernando, acompañados del Ministro de la Guerra se asomaron á la ventana principal de palacio.

Un clamor inmenso, estrepitoso, un *viva* cual pocas veces se ha oído dar, recibió á las régias personas, que descubriéndose manifestaron deseos de hablar al pueblo. No fué esto posible por espacio de algunos minutos, y S. M. el Rey D. Luis, sumamente afectado, tuvo que retirarse de la ventana saludando al pueblo.

Restablecida la tranquilidad, el Rey viudo Sr. D. Fernando manifestó con voz firme y serena que tanto su augusta persona como la de su hijo, se hallaban en perfecto estado de salud, y que estaban decididos á trasladar su residencia á otro palacio.

A estas palabras respondió el pueblo con entusiastas aclamaciones, y si bien resonaron algunos gritos de *mueran los traidores*, fueron sofocados por un clamor universal que impuso silencio.

Sin embargo, el pueblo antes de dispersarse se entregó á algunos escesos, como lo fueron el atropellar al Sr. Conde de Ponte: apedrear las casas de los Sres. Conde de Thomar y de los Marqueses de Loulé y de Vallada.

SS. MM. el Sr. D. Luis y el Sr. D. Fernando se trasladaron efectivamente al Palacio de Caxias.

A estas noticias del exterior, que por su raro é importante carácter necesariamente hemos debido tratar con alguna estension, solo hay que añadir que segun despachos, que se dicen recibidos últimamente, el Gobierno de Washington ha decidido definitivamente no entregar á Inglaterra los comisionados del Sur apresados en el *Trent*.

INTERIOR.

Los trastornos ocurridos en Lisboa han dado lugar á que se hablase de la formacion de un cuerpo de Ejército español en la frontera de Portugal.

Esta noticia, segun dice la *Correspondencia*, es completamente inexacta. Si los desórdenes de Lisboa, sigue diciendo el precitado periódico, hubieran continuado y se hubieran aproximado á nuestra frontera, el Gobierno español habria tomado las precauciones convenientes para evitar que en nuestro país se alterase el orden; pero restablecido éste completamente en Lisboa, seria ocioso y aun ofensivo á la nacion portuguesa la formacion de un cuerpo de Ejército en la frontera.

Nada puede afirmarse todavía de positivo por lo tocante á la expedicion de Méjico, sino las noticias comunicadas por nuestro Ministro en Washington. Es de presumir que nuestra escuadra se habrá dirigido á Anton Lizardo, donde tal vez habrá tomado tierra y acampado.

La súbita inundacion del terreno que media entre la Casa de Campo y el ferro-carril del Norte, producida el 1.º del actual por el desbordamiento del Manzanares, ha dado ocasion al nuevo Gobernador Sr. Duque de Sexto y á la Guardia civil veterana libre de servicio, así como al destacamento de la de la provincia, acuartelado en Madrid, de poner en clara evidencia su extraordinario celo por el bien público.

Una persona que tuvo ocasion de presenciar aquel suceso, nos dice que desde los primeros instantes vió á la precitada autoridad dictar enérgicas y acertadas disposiciones, y lo que aun es mas, trabajar personalmente para librar del inminente peligro la vida y efectos de los habitantes de aquella localidad. El Gobernador permaneció en su puesto hasta que la avenida descendía, que fué á eso de las dos de la tarde. No tenemos noticia de ninguna desgracia personal.

Damos por nuestra parte el parabien al Sr. Duque de Sexto por esta brillante inauguracion de sus elevadas funciones, y nos congratulamos sobremanera de que la Guardia civil siga correspondiendo tan noblemente al honroso concepto que se merece de todas las personas honradas.

LA OJEADA DEL GUERRILLERO.

(Conclusion.)

Era á fines de 1822: estábamos en Navarra. La division de que yo hacia parte y que se componia de algunos batallones

y de un solo escuadron, iba á las órdenes del general Torrijos, en busca de las tropas realistas, sin mas plan de de operaciones, que seguir paso á paso el surco trazado por sus huellas, y lanzarse ordenadamente sobre sus grupos cuando en algun caso intentaban hacerse fuertes en tal cual escabrosidad, ó querian detenernos con alguna demostracion, para ganar tiempo ó desorientarnos sobre su objeto ó designios.

De este modo habiamos recorrido procesionalmente tres ó cuatro veces todos los andurriales de aquella montuosa provincia, cuando, por una tarde bastante fria de fines de octubre, avistamos, marchando de Lumbier á Pamplona, alguna fuerza enemiga, que, sin duda con el fin de retardar nuestra llegada, ó quizás solo con el de divertirse con nosotros, se estendió en guerrillas sobre las elevadas alturas que, algo mas allá de Monreal, se prolongaban á nuestra derecha.

Al instante se hizo alto, y aunque engañados por la milésima vez, nos dispusimos muy formalmente á ir á atacar con todas nuestras fuerzas á aquella clara ala de tiradores que ocupaba unas cumbres que, aunque no muy distantes, se necesitaba, por la aspereza del terreno y el cansancio y rodeos que debian causar los obstáculos de la subida, seguramente mas de una hora para llegar á ellas, por los medios mas comunes, é infinitamente mas tiempo si habia de hacerse maniobrando ó combinando movimientos; y esto sin contar con la detencion indispensable para reunir y concentrar la tropa, obligada de continuo, en los largos y continuos desfiladeros de aquel país, á marchar por hileras, y muchas veces en una sola; lo que, con los frecuentes embrazos del camino, hacia que una division de 2,000 hombres ocupase muy á menudo una legua ó mas de fondo, y tardase por consiguiente cerca de una hora, cuando menos, para entrar en línea.

Afortunadamente, en el paraje en que desde mas de una hora caminábamos, el terreno era bastante llano para que pudiera marcharse con mayor frente, y así en pocos momentos nos hallamos en disposicion de poder avanzar hacia los vericuetos. Los batallones se pusieron en movimiento, y el escuadron de que yo hacia parte y que, como casi siempre sucedió á la caballería en aquel país, se hallaba reducido, por la naturaleza de las localidades, al papel de espectador, se detuvo al poco rato en un collado escarpado, desde el cual se dominaba un valle hondo y estrecho, ó mas bien un ancho derrumbadero. Al extremo opuesto se elevaban, superpuestas las unas á las otras, unas ondulaciones empinadas y cubiertas de riscos y maleza, que, estendiéndose semi-circularmente á derecha é izquierda como las gradas de un vasto anfiteatro, y haciéndose cada vez mas altas y encumbradas, terminaban nuestro horizonte por aquella parte, rematando en una cresta muy elevada que aparecia enteramente llana desde el punto en que nos hallábamos, y que formaba un arco de círculo bastante regular cuya convexidad se encontraba á nuestro frente.

Los tiradores enemigos cubrian aquellas cimas, corriéndose con facilidad y prontitud, tan pronto á un lado, tan pronto á otro, y gastando en salvas las municiones que, á la distancia á que se encontraban de nosotros, no era muy fácil aprovecharse de otra manera.

Echamos pié á tierra, y dejando mi caballo á uno de los soldados del escuadron, me adelanté hasta el declive del barranco, á fin de abrazar de una ojeada el conjunto del movimiento á que habia dado principio nuestra infantería. Este presentaba en efecto una admirable perspectiva, ejecutándose con inteligencia y concierto, y con una precision capaz de satisfacer al mas metódico maniobrero, á pesar de los embarazos y dificultades con que á cada paso tropezaba la tropa. Las compañías de cazadores se hallaban ya á la mitad de la subida, estendidas con bastante regularidad sobre la falda, en la que se concentraban á veces en grupos desiguales, para salvar, por alguna sinuosidad, los obstáculos que estorbaban la marcha de frente; los que, una vez superados, volvian á diseminarse y á avanzar en su primitiva direccion. Se veia distintamente á los oficiales marchar delante, la mayor parte, á fin de poder indicar con mayor seguridad á sus soldados, con este oportuno cambio de colocacion, los parajes de mas fácil acceso. Otra línea de tiradores mas reforzada y compuesta de dos batallones ligeros, seguia á alguna distancia, protegida por sus reservas. Esta segunda

línea ondulaba considerablemente hacia sus costados, que parecian tener por objeto desbordar del todo al enemigo, sin duda á fin de obligarle á reconcentrarse y á desviarse para ello de los extremos de derecha é izquierda del terreno que ocupaba, facilitándose de este modo la marcha encubierta de otros dos batallones que, arma á discrecion, se dirigian aceleradamente y reunidos á rodear la posicion presumida de las fuerzas rebeldes, y atacarlas por la espalda. Los dos batallones restantes permanecian en reserva, dispuestos en dos masas al pié de la altura y algo á la derecha de nuestro frente, probablemente con el objeto de secundar, en caso necesario, el movimiento que se operaba hacia aquella parte, ó de sostener el ataque del frente.

Todo esto presentaba muy buena vista, y yo, aunque desengañado por una larga esperiencia, respecto á la poca utilidad de nuestros movimientos tácticos en semejante clase de terreno, y al ningun resultado de nuestras combinaciones contra la clase de enemigos que desde mas de dos meses perseguíamos, sin jamás llegar á poderlos combatir, me dejaba sin embargo alucinar de nuevo con el aspecto prestigioso de un ataque que se manifestaba tan perfectamente concertado, cuando observé á poca distancia de mí un oficial de corta estatura, que vestía un uniforme, para mí desconocido, y que, cargado el peso de su cuerpo sobre la pierna derecha, que tenia algo atrasada de la izquierda; los brazos cruzados por delante del pecho; sosteniendo con la mano derecha, por debajo de la guarnicion, una espada de caballería demasiado larga y pesada, al parecer, para su dueño, miraba, con la cabeza algo derribada hacia el hombro derecho, y con semblante mas desdenoso que satisfecho, el movimiento general que en aquel momento efectuaba la division. La expresion casi sarcástica de este oficial, en el mismo instante en que me faltaba poco para admirar lo que estábamos haciendo, llamó mi atencion: me acerqué á él y le miré de piés á cabeza. Llevaba la divisa de Teniente coronel, y su uniforme no se semejaba en efecto á ninguno de los que entonces se usaban en el ejército: era un péti azul turquí, con boton blanco, una palma y un sable bordados en aspa en el cuello, sin número alguno, y unos remates de capricho en las puntas de los faldones. La hechura de esta casaca era desairada y se ajustaba mal al cuerpo, por otra parte pequeño y bastante mal formado, que esta vestimenta cubria. Un pantalon, ni ancho ni estrecho, del mismo color, sin franja ni galon; unas espuelas de hierro algo tomadas, y un sombrero de tres picos, cubierto de una funda de hule, completaban el traje del desconocido. Pero este sombrero era la prenda que imprimia al hombre de quien hablamos aquel carácter marcante y distintivo, que, á falta de otra palabra que espresase mejor nuestra idea, nos vemos obligados á llamar aire ó fisonomía. No es que ese sombrero tuviese en sí nada de particular: era un sombrero mondo y lirondo, sin ribetes, aditamento, ni pizca de rareza, gracia ú originalidad; un sombrero triste, grave y ramplon, al modo que lo son todos los sombreros amortajados, como el de que tratamos, en una económica funda de hule.

Permítasenos aquí una pequeña digresion. No sabemos si nuestros lectores han observado que el sombrero carece de fisonomía propia, y solo la adquiere por el modo de colocarse y llevarse en la cabeza. Allí es en donde, al amoldarse y tomar decididamente posicion, ya sea que se incline mas ó menos atrás, adelante, ó á uno ú otro lado, ya sea que se deprima ó arremangue su ala anterior, ó en fin que se le impriman otros diversos estigmas ó señales, obtiene el sombrero un aspecto que, conseguido á medias con su dueño, le dá un carácter tan distinto y marcado, que por poco que se haya usado un par de meses, lo conoce V. al instante, depositado que esté sobre una silla ó una mesa, y aunque enteramente separado de la inmediacion é influencia magnética de su propietario; y esto hasta tal punto, que no titubea V. un instante en esclamar: *este es el sombrero de fulano*; aquel es el de *zulano*. El sombrero es en este caso, como si dijéramos un *facsimile*, una librea, un segundo tomo ó una nueva edicion del amo.

Pues bien: el sombrero en cuestion era todo esto junto; y, colocado sobre la cabeza de su dueño, ó separado de ella, se caia al instante en que no podia ser de otro que del sugeto de que nos ocupamos, ni que este podia pertenecer á otro sombrero que al susodicho. Pero lo que habia aquí

de notable era que, además de esta relacion analógica, común á todos los sombreros, el que habemos á las manos formaba parte integrante de la fisonomía de su poseedor, así como la cabeza de este componía otra parte, integrante también, del aire del sombrero, verificándose en la union de entrambos la realizacion de la fantástica existencia de los andróginos. No sabremos decir si esta reciprocidad era absolutamente proporcional; pero, sí, aseguraremos que la fisonomía del sugeto que describimos estaba tan fuertemente impresionada por la conjuncion de aquel simpático sombrero, que el hombre sin el sombrero se parecia imperfectamente al hombre con el sombrero; lo que tal vez provenia en parte de que siendo el primero muy corto de cuello, parecia descansar el segundo sobre los hombros y desempeñar por sí solo las funciones de cabeza.

Sea lo que quiera de esta particularidad, sobre la que solo nos hemos detenido algun tanto por nuestra decidida afición á las investigaciones psicológicas, con las que indudablemente tienen una grande afinidad los sombreros, lo cierto es que, á pesar de su breve estatura, de su aspecto poco agradable, y aun de la extraña personalizacion de su sombrero, la catadura de aquel Oficial me imprimió, á pesar mio, cierto respeto. Representaba como unos cincuenta años: sus facciones eran bastante comunes: su cutis era atezado; pero la expresion de su rostro presentaba, en medio de cierta contraccion comprimida, la profunda impasibilidad del hombre que sabe poseerse, al paso que sus ojos grises y pequeños, pero llenos de fuego, espresaban la osadía y la conviccion.

Me aproximé aun mas al desconocido.

—¿Qué le parece á V. de esta maniobra? le dije para entrar en conversacion.

—Bastante inútil, me contestó sin mirarme.

—Sin embargo, me parece que es cuanto puede y debe hacerse en esta ocasion.

—Lo que debe hacerse en todas ocasiones es no cansar la tropa en balde, y no empeñarse en hacer en estos vericuetos las monerías que se ejecutan en una parada.

—¿Y por qué no, si viene á cuento? ¿Acaso las maniobras que se efectúan en el campo de batalla son ni deben ser otra cosa que la aplicacion oportuna de las que se aprenden y practican en los ejercicios?

El desconocido se volvió enteramente hácia mí al oír esta interrogacion, y me miró largo rato sin proferir una palabra: en fin, rompiendo el silencio, contestó:

—¿Por qué! por no entregar la carta; por evitar que se burlen de nosotros esos demonios que ve V. allá arriba; por no descubrir tan á las claras la insuficiencia de los movimientos tácticos, y lo poco que comprenden los jefes de fila la clase de guerra que estamos haciendo.

—¿Pues y qué? ¿habíamos de seguir de largo sin hacer caso de esa gente y sin contestar á sus baladronadas?

—Caballito.

—Entonces evitemos el salir á buscarla, y dejémosla campar por su respeto.

—No reflexiona V., contestó mi antagonista mirando al sol é indicándome su posicion, no reflexiona V. que apenas nos queda una hora de día, y que al llegar la noche todas las fuerzas de la division estarán dispersas por esa sierra, y espuestas, por un órden regular, á ser atacadas, cortadas y sorprendidas, sin haber podido concluir su movimiento ni conseguir ningun resultado. ¿Pues qué, no hay acaso otras montañas detrás de estas que tenemos delante? ¿ó creen VV. que todo está hecho en llegando á esas alturas?

Tenía razon el hombre: á esto no había réplica: permanecí silencioso.

—La fortuna está, prosiguió mi interlocutor, en que las fuerzas enemigas no están aquí á nuestro frente, como quizá se lo imagina V.

—¿Y cómo sabe V. esto? repliqué con calor.

Volvió á mirarme con detencion el preguntado, y creí encontrar una imperceptible expresion de menosprecio ó de lástima en su semblante.

—Difícil sería y largo de contar, repuso sin conmoverse, el cómo puedo yo saber lo que acabo de decirle, y aunque lo hiciera, estoy seguro de que no me comprendería V.

—Muchas gracias, contesté algo picado.

—No, prosiguió sin parecer hacer atencion á la muestra de descontento que yo acababa de darle: no, nunca enten-

derán VV. esta endiablada manera de guerrear. Para ello es preciso haberla practicado: no creo que de ningun otro modo se pueda aprender.

—Pero en fin, ¿en dónde cree V. que se halla el grueso de las fuerzas enemigas?

—Se lo diré á V. Aquí á nuestro frente hay escasamente ciento cincuenta hombres. Si fuera de otra manera, habrían bajado lo menos hasta la mitad de la altura, para empeñarnos en su persecucion. No es su intencion obligarnos á maniobrar á fondo sobre ellos, y si solo entretenernos y retardar nuestra llegada á Pamplona, á fin de detenernos aquí toda la noche, ó, si continuamos nuestro camino despues de esta escaramuza, de imposibilitarnos para una segunda salida, á lo menos de aquí á veinte y cuatro horas, durante cuyo tiempo se aseguran de este modo el poder descansar en Urroz, en donde debe estar ya ahora la mayor parte de sus fuerzas, y en donde se replegarán aquellos tiradores luego que anochezca.

—¿Urroz! exclamé casi gritando: ¿Es posible! Pero solo hay dos horas de camino de aquí á ese pueblo. Venga V.: se lo diremos al general: podemos cojerlos todos esta noche.

—Cojerlos, ¡eh! replicó con sorna el hombre del péti.

—Sin duda: vamos allá, y....

—¿Ir allá! No se atreverían VV., prorumpió con entereza... Yo mismo, añadió con tono fuerte y altivo, despues de una corta pausa, yo mismo no me atrevería á ello; al menos á esta hora y con la clase de tropa que llevamos: si fuese con nuestros antiguos voluntarios (1), entonces sería otra cosa.

—¿Pues qué! ¿no son tan valientes como ellos los soldados que ve V. trepar por esos altos?

—Sí, lo son; pero con los guerrilleros es preciso saber algo mas que batirse. En fin, mañana veremos quién tiene razon.

Al proferir estas últimas palabras, el desconocido se apartó lentamente, y bajando la ladera que teníamos á la derecha, desapareció á poco rato.

El hombre que hablaba con tanto aplomo y confianza, y que parecia comprender tan á fondo la índole y el sistema de guerra de los rebeldes, era hermano de uno de nuestros mas célebres guerrilleros, que, ascendido á general, en recompensa de sus muchos y brillantes servicios, fué muerto en aquel país en la última guerra civil.

A los dos días supimos que las fuerzas enemigas habían en efecto estado reunidas en Urroz durante la tarde de la escaramuza y la noche siguiente.

En cuanto á nuestra operacion, se redujo, como siempre, á un tiroteo infructuoso, y á las marchas y contramarchas penosas é inútiles de nuestras columnas en medio de aquellas ásperas montañas.

L. CORSINI.

JUSTICIA DEL RIFF.

¿Quiénes son esos que en silencio avanzan
Revueltos de la noche en el capuz,
Y el paso abrevian cuando á ver no alcanzan
De Sol ni Luna corruscante luz?...

¿Cuyas pisadas en la agreste alfombra
Del Cierzo apaga la mugiente voz
Y vense deslizar sombra tras sombra
De atlética figura y pié veloz?...

Ora el borde de inmenso precipicio
Orillan sin recelo y sin afán,
Sacando con los piés rocas de quicio
Que, dando botes al profundo van...

Ora doblan arbustos, tronchan plantas
Aplastando al insecto y al reptil,
Y escalan de la sierra las gargantas
Las fieras ahuyentando del cubil...

¿Quiénes son esos que al feroz aribe (2)
Visitan á deshora en su mansion
Aunque aquel con ahullidos los recibe?
Bandidos deben ser... bandidos son.

(1) Nombre con que se denominaban las tropas de Mina durante la guerra de la Independencia.

(2) Especie de lobo pequeño, muy comun en el Riff.

Bandidos son y de bandidos gala
Se ven do quiera sin rubor hacer,
Que mas goza en el Riff quien roba y tala
Que quien de dulce pan gusta el placer.

Riffeños son del campo *Bocoyano*
Que, ardiendo en la esperanza del botín,
De *Benanfrás*, partido comarcano,
Cruzan el yermo y el erial confin.

Y allí van la espingarda entre los puños
Doblando el cuerpo para ver mejor,
Que empiezan á lanzar sordos regruños
Los vigilantes perros del pastor.

¡Ay de aquel si despierta ó si resiste
Porque tiene ante sí la eternidad!
Pues de antiguo se sabe que no existe
En amácirga corazon, piedad.

Mas no, que de sus canes al ladrido
El Riffeño zagál dejó el redil
Y acecha, entre las matas escondido,
El plan que adopta la falanje hostil.

Esta en tanto se encoje y agazapa
De la cueva en el ancho boqueron,
Y amartilla las armas por si escapa
El que burla á mansalva su traicion.

Espera... nadie sale... nadie altera
De las sombras el hórrido callar
Y aquel que de esperar se desespera,
Terrible imprecacion deja escapar.

Pronto al lampo fugaz de un fogonazo
La hacinada ojarasca se vé arder,
Y sus lenguas de fuego un gran pedazo
Van de arbusto decrepito á lamer,

Voraz su cráter el incendio ensancha
A las nubes lanzando su espiral
Y restalla teñida en roja mancha
La corteza del rancio vegetal.

A la hoguera se acerca la cuadrilla
Y arrancando sus teas de un tizon
Vaga del hato por la heniasta orilla
Cual de trasgos nocturna procesion.

El zagal la preside: no lo haria
Con mas tino en un sábado satan,
Pues no pierde del sitio donde espía
Del contrario una voz ni un ademan.

El, al fulgor siniestro de la llama,
Los rostros mira que conoce bien
En tanto por sus labios se derrama
Una mueca de rabia y de desden.

Y cuando de la cueva en el egido
Sujeta el pié y la sangre del ladron
Del ganado ó del viento algun mugido,
Pues nunca fué valiente la traicion,

Y ya del miedo femenino repuestos
Los mas osados adelante van,
Y del ido valor los parcos restos
Al yerto corazon llamando están;

Cuando arrojan con furia sus tizones
Contra las duras rocas del redil,
Del encendido leño los carbones
Al choque rebotando en trozos mil.

Y el tímido ganado se levanta
Corre, trisca y agitanse en tropel
Y ya la chusma su asquerosa planta
Pone de la caverna en el dintel...

Su huésped sordamente maldiciendo
Apoya la escopeta en un zarzal
El ojo por el punto requiriendo
La frente do esculpir signo mortal.

No es *Liacis*, ni *Siam*, ni *Jamete*
El que está sentenciado allí á morir...
Es *Amar*, el imberbe mozalvete
Que en mal hora del día vió el lucir.

Los tres tienen familia, y es probable
Que á la venganza correrán despues;
Amar tiene muy poca... ¡Miserable,
Tu pagarás por todos!... ¡Muere pues!
Una detonacion, un ¡*aima!* (1) triste

(1) ¡Ay Madre!

Y el ruido que produce al golpear
La tierra, el cuerpo del que ya no existe
Van los ecos del Riff burlando al par.
Huyen hacia sus montes los bandidos
En las alas llevados del terror
Y aguijan mas sus piés los alaridos
Que llamando á sus gentes dá el pastor.
Huyen, y ni en llevarse se detienen
Un coridero, el ganado intacto está,
Queda un cadáver... si por él no vienen
Para pasto de lobos servirá.
Y todos como el zagal
Harán en un caso igual
Sin darle cuenta al Scherif,
Que es la justicia en el Riff
De cuenta de cada cual.

JOSÉ JUAN GRANCHE.

Peñon de Velez 15 de setiembre de 1861.

ACADEMIA DE LAS CIENCIAS EN FRANCIA.

Curioso al par que útil nos parece el dar á nuestros lectores los siguientes datos estadísticos acerca de la Academia de las Ciencias francesa, cuya celebridad la hace ciertamente digna del universal interés.

La institucion de este cuerpo científico es debida á Colbert, que en 1666 la estableció segun las bases de la sociedad inglesa establecida en Lóndres seis años antes, y tan ventajosamente conocida en la actualidad con la denominacion de *Sociedad Real de Lóndres*. La historia de la Academia francesa desde su origen al 1795 es de las mas interesantes, hasta que por último, en 8 de agosto de aquel triste año, siguiendo la suerte de todos los demás cuerpos científicos ó religiosos de Francia, le tocó, como á ellos, dejar de existir.

Afortunadamente una ley espedita de allí á dos años volvió á darle vida, constituyéndola parte de aquel Instituto nacional encargado de concentrar los descubrimientos, y perfeccionar las artes y las ciencias.

La Academia ocupa la tercera categoría entre las corporaciones de que se compone el Instituto Imperial de Francia, y el orden de las cuales es el siguiente: 1.º Academia francesa; 2.º Academia de inscripciones y bellas letras; 3.º Academia de las ciencias; 4.º Academia de las bellas artes, y 5.º Academia de las ciencias morales y políticas.

Compuestas estas Academias de dos principales divisiones, á saber: *ciencias matemáticas y ciencias físicas*, la que estamos describiendo se subdivide en once secciones, que denominamos á continuación:

CIENCIAS MATEMÁTICAS: Geometría, seis miembros; mecánica, igual número de miembros que la anterior; astronomía, ídem; geografía y navegacion, tres miembros; física general, seis miembros.

CIENCIAS FÍSICAS: Química, mineralogía, botánica, economía rural, anatomía y zoología, medicina y cirugía: cada una consta de seis miembros.

Las cinco primeras secciones disponen de 27 sillones, y las cinco últimas de 36. Añadiendo á este número los dos secretarios perpétuos que no pertenecen á ninguna seccion, se ve que la Academia dispone de 63 asientos, número mayor que el de ningún otro establecimiento de su clase. También es la única que cuenta con dos secretarios perpétuos, uno para las ciencias matemáticas y el otro para las físicas.

He aquí la reparticion del personal de la Academia, segun el orden que debe tener durante el año en que acabamos de entrar:

Geometría.—Sres. Biot, Lamé, Chasles, Bertrand, Hermitte, Serret.

Mecánica.—Sres. Carlos Dupin, Poncelet, Piobert, Morin, Combes, Clapeyron.

Astronomía.—Sres. Mathieu, Liouville, Laugier, Leverrier, Faye, Delaunay.

Geografía y navegacion.—Sres. Duperrey, Bravais y de Tesson.

Física general.—Sres. Becquerel, Pouillet, Babinet, Duhamel, Despretz y Fizeau.

Química.—Sres. Chevreul, Dumas, Pelouze, Regnault, Balard y Fremy.

Mineralogía.—Sres. de Senarmont, Delafosse, d'Archiac, Carlos Sainte-Claire Deville, Daubrée, y Enrique Sainte-Claire Deville.

Anatomía y zoología.—Sres. Milne Edwards, Valenciennes, Coste, Quatrefages y Louget.

Medicina y cirugía.—Sres. Serres, Andral, Velpeau,

ceder anualmente tambien á la eleccion de aquel. Ambos dignatarios son alternativamente elegidos entre las dos grandes secciones de que se compone la Academia. Así es

dente que hay que elegir debe pertenecer á la division de ciencias físicas.

El venerable M. Biot puede llamarse doblemente decano

de presencia, pero gozan de casi todas las prerogativas de sus colegas, menos de la de votacion en algunas circunstancias.

Los socios extranjeros, elegidos entre los mas ilustres sabios del mundo, son en la actualidad:

Miguel Faraday, de Lóndres; Brewster, de Edimburgo; Mitscherlich, de Berlín; Sir Herschel, de Lóndres; Ricardo Owen, de ídem; Baron Plana, de Turin; Ehrenberg, de Berlín; Baron de Liebig, de Munich.....; Lord Brougham.

El número de correspondientes pasa de ciento, y todos, como es de suponer, han sido elegidos entre los hombres mas eruditos y honrados de Francia y de los demás países. Su puesto, sin exageracion, puede afirmarse ser uno de los mas brillantes términos de las carreras científicas.

A LAS BELLAS ARTES.

¡Hijas del génio y de la cultura, yo os saludo! Indivisibles planetas terrestres, sublimes hermanas del Ser inteligente, estrellas fijas en el caos de la ignorancia, oasis del alma pensadora, recibid en mi salutación un tributo de entusiasta admiracion. En vuestro reducido horizonte destellan ráfagas de luz, que llegan con su fosfórico fuego, ya á iluminar la frente del feliz adepto, ya á perderse entre las densas sombras que envuelven cual pálidos crespones la mayoría de la caduca sociedad..... ¡Yo os saludo, misteriosas creaciones del Omnipotente, destinadas á dar al humano entendimiento un palpable trasunto de los goces de un mundo mejor! El ser que sigue vuestra divina luz halla un faro en su camino, un consuelo en su dolor, un solaz en su tedio, un bálsamo en su afliccion.

La antigua Grecia os acataba como á semi-diosas, y sabia honraros hasta bajo los harapos del mendigo. Por eso Simónides, perseguido y naufrago, halló una hospitalidad bienhechora en Atenas, que al escuchar los ecos de su sabiduría, unidos á los de su cítara, no desdeñó al desvalido bate, ciñendo sus sienes con el mismo laurel que circula la cabeza de sus Césares. La altiva y poderosa Roma rendía reverente culto á las Bellas Artes, idólatras de su prestigio; sus poderosos caudillos, á la sombra de los pendones adquiridos en sus bélicas conquistas, las tributaban homenaje, hospedando en sus marmóreos palacios al bardo y al poeta. En los banquetes y festines de sus soberbios Emperadores, la música y la poesía llevaban la mejor parte: Augusto coronó con su propia mano á Virgilio, cuyos dulcísimos acordes hicieron brotar lágrimas de simpática ternura á la real familia. La señora del mundo, la soberbia Roma vió disminuir su omnímodo poder, sustituyendo á las glorias del magnate las cadenas del siervo; pero en su decadencia, la moderna Roma conservó su culto á las Bellas Artes; allí, en las ruinas de su Capitolio, resonaron frenéticos los aplausos del entusiasmo, al músico, al pintor, al poeta; y un pueblo inmenso veneraba al celebrado artista, cuyas sienes orlaban el laurel del mérito. El tiránico despotismo de la edad media excluyó en cierta manera el acceso de las artes hermosas de sus feudales recintos. El orgullo de aquellos nobles déspotas miraba con desden cuanto no era su marcial ambicion; mas nunca negó apoyo y hospitalidad al trovador errante, si éste consentía en divinizar sus hechos de armas ó celebrar la belleza de una encantadora castellana.

La dominacion de los árabes en nuestra patria sofocó el buen gusto, y las Bellas Artes cedieron su terreno al génio de las conquistas. Mas luego que la cruz triunfó de la media-luna, la escultura, la pintura y la música, embellecidas por su humilde reclusion, adquirieron nuevo prestigio, y el gusto de los árabes artistas las prestó nuevo atractivo.

Desde entonces, el buril y el cincel modelaron sus obras con la suavidad voluptuosa que caracteriza á los hijos de Islam; la poesía adquirió pasión para su metro, y la música, su lánguida armonía.

Hoy, época de regeneracion en nuestro país para las Bellas Artes, goza el artista de una lisonjera distincion. La cultura de la época, el paso rápido de la civilizacion, el renacimiento del génio en la mujer, el patrocinio del poder que nos dispensa una Reina benéfica é ilustrada, todo revela el prestigio de las artes, que influye no poco en el bienestar general.



1 Tropas españolas.—2 Oficiales españoles y franceses.—3 Marinería francesa.—4 Pueblo gitano.—5 Jardín de los españoles.—6 Cuartel de las tropas españolas.—7 Monseñor Lefevre.

Acto del Te Deum cantado por Monseñor Lefevre el día 10 de octubre de 1861, ante las tropas aliadas de España y Francia con motivo del cumpleaños de S. M. la Reina Doña Isabel II en el campamento español de Saigong.

(Dibujado por nuestro corresponsal el Alférez de navío M. Legiol.)

Botánica.—Sres. Brongniart, Montagne, Tulasnes, Moquin-Tandon, Gay y Duchartre.

Economía rural.—Sres. Boussingault, de Gasparin, Payen, Rayer, Decaisnet y Peligot.

Claudio Bernard, Julien Croquet y Juberto de Lamballe.

La mesa se compone de Presidente, Vice-presidente y dos Secretarios perpétuos; y como el Vice-presidente asciendo todos los años á la dignidad inmediata, hay que pro-

que M. Milne Edwards, de la division de las ciencias físicas, ha dejado en 1862 el sillón de la Presidencia para ser reemplazado por M. Duhamel, Vice-presidente de 1861, procedente de la division de ciencias matemáticas. El Vice-presi-

de la Academia; hace cerca de sesenta años que ocupa su sillón.

La Academia tiene derecho de nombrar diez individuos libres, que no tienen otra indemnización que la del derecho

Ellas invaden el materialismo de la vida, hacen mas esquisita la sensibilidad, y elevan el alma con el gusto de lo bello á cuanto hay de noble y heróico. ¡Bellas Artes, destellos de la divinidad, púdicas amantes del buen gusto, lumbreras de la ilustracion, yo os saludo! Propagad vuestro magnético ascendiente, é iluminad la senda de mi vida.

ANGELA MAZZINI.

LA SIERRA DE CAMEROS.

Ni los historiadores, ni los cronistas, ni los autores de novelas, ni los romancistas, ni los viajeros, ni los criticos, se han ocupado con detenimiento, ni aun con ligereza, de las notabilidades y costumbres del vasto territorio que comprendemos en este artículo. Pocas ó ningunas son las anécdotas, episodios, poemas épicos, panoramas, tradiciones, cuadros geográficos é históricos de España que dan á conocer bien la industriosa *Sierra de Cameros*. No deja de ser extraño y sorprendente por lo mismo que un país que ha sufrido y experimentado los disgustos y sinsabores de las tres épocas ó revoluciones de este siglo, y aun los infortunios y pérdidas de las guerras del reinado de Felipe V, y que há dado de sí tantos hombres eminentes, sábios é ilustres, no solo en la carrera de las letras, sino tambien en la de las armas, se halle casi ignorado y desconocido de muchas provincias de España. Creemos por consiguiente hacer un servicio dando á luz estos breves detalles.

Aunque montañoso y estéril, aunque triste y escarpado, se halla aquel país lleno de pueblos, y entre ellos se cuentan algunas villas de 200, 300, 400 y 500 vecinos cada una, habiendo tenido estas la gloria de ver nacer dentro de sus hogares, y en poco mas de medio siglo:

Al Excmo. Sr. D. Pedro Gonzalez Vallejo, Arzobispo que fué de Toledo y Obispo antiguo de Mallorca.

A los Excmos. Sres. Obispos de Segovia, de Murcia y de Tudela, llamados los Azpeitias.

Al Ilmo. Sr. D. Manuel Gimenez y Perez, Obispo que fué de Puerto-Rico.

Al Excmo. Sr. D. Manuel Garcia Herreros, Consejero de Estado y Ministro de Gracia y Justicia en el año de 1835.

Al Excmo. Sr. D. Claudio Anton de Luzuriaga, ex-Ministro de Gracia y Justicia, de Estado, y Vice-presidente del Senado en el día.

Al Excmo. Sr. General Sanchez Salvador.

Al Excmo. Sr. D. Ventura Gonzalez Romero, ex-Ministro de Gracia y Justicia, y ex-Vice presidente de las Cortes.

Al Sr. D. Santiago Romero, Intendente que fué de las reales fábricas de Guadalajara, y Presidente de la Junta provisional de gobierno por el partido francés en la guerra de la independencia española.

Al Sr. D. Aniceto Ibañez de Ocerin, caballero de la Real y distinguida Orden de Carlos III, y Oficial primero que fué de la Secretaría de Gracia y Justicia durante el Ministerio Calomarde.

Al Sr. D. Francisco Elias Vallejo, Escultor de cámara de S. M. (tambien difunto.)

Al Sr. D. Cayo Muro, Coronel de Ejército y compañero de infortunio del General D. Martin Zurbano.

Al Excmo. Sr. D. José Bayo, actual Senador del Reino.

Al Excmo. Sr. D. Manuel Collado, ex-Ministro de Hacienda y Senador tambien en el día.

Y á varios Diputados á Cortes de diferentes legislaturas.

Aquellos terribles peñascales de la Sierra de Cameros; aquellas elevadas montañas; aquellos montes-espesos y frágiles; y aquellas inaccesibles y escarpadas picotas en las que no se encuentra mas que piedra viva, estepas, carrascales, matas espinosas, bojés, morales silvestres, hayas, lechetreznas, robles, encinas y algunos nogales, sin que el viajero pise un cuarto de hora de camino llano, han tenido que producir numerosos ingenios y notables talentos, por la sencilla razon de que habiendo sido aquel país tan castigado por la naturaleza, no le ha quedado otro recurso que poner á prueba su industria y su capacidad, supliendo de esta manera la pobreza del terreno.

Así es, que cualquiera español que recorra el triste territorio de Cameros, se admirará al reflexionar y ver que son humanos los que pueblan y viven en aquella comarca; al paso que se mirará sorprendido al advertir que estos tales,

visten un traje modesto, sencillo é igual, reducido generalmente á un pantalon largo de paño negro ó de color castaño, un chaleco y chaqueta de paño idem con el cuello vuelto, y un sombrero de ala ancha segun el gusto de cada individuo; poseyendo además las cualidades características de humildes, bien hablados, serviciales, listos, muy corteses, emprendedores y honrados. Pasará cualquiera persona decente por cerca de ellos, y aunque no sea del país, la saludan al momento con agrado; se le quitan hasta el suelo el sombrero; y si se les pregunta alguna cosa, contestan en seguida con mansedumbre, prestándose muy solícitos á complacer al viajero facilitándole casa para hospedarse, cama buena para dormir, y hasta á servirle de guía en el caso de verlo estroviado. Los habitantes de la Sierra de Cameros, se ocupan unos en labrar sus tierras, pendientes en extremo, y cercadas de precipicios; otros en mantener ganado lanar y con especialidad cabras; otros en comprar y vender lana fina; y los mas en fabricar paños ordinarios y vivir de la pelairía.

Muchos, quizás demasiados, son los establecimientos y máquinas de elaborar lanas que existen en el país de los Cameros; en este país donde antes de la guerra de la Independencia española entraba el dinero á cargas y se repartía á medias fanegas entre los socios de las compañías de paños de los Cantabranas, Elías, Lázaros, Perez, Villasañas, Vallejos, etc. Hasta el jornal que ganaban entonces los operarios, ascendia á 12, 16, 20 y 30 reales diarios, bien al revés de lo que acontece hoy día. Los establecimientos que fabrican ahora sus hilados y tegidos de lana, y que ocupan en su elaboracion de cuarenta á cincuenta brazos cada uno, no pagan á los trabajadores mas que real y medio, una peseta, ó seis y siete reales á lo sumo, en cada día. Las fábricas de papel, librillos y barajas de Torrecilla de Cameros, son las que producen en realidad resultados mas positivos á sus dueños.

Aquellos hombres, aislados de todos sus compatriotas, metidos en un pequeño rincón, y criados entre peñas, riscos, asperezas y barrancos, viéndose privados por eso de las delicias, goces, diversiones públicas, sociedades animadas y bulliciosas, teatros, saraos, cafés públicos, universidades, colegios, academias, muelles, carreteras, barras y puertos, y sin mas punto de reunion que los lugares sagrados donde rinden culto religioso al Criador, y á los que no dejarán de asistir los días de fiesta, ni aunque les fuese en ello el mundo entero; aquellos rancios castellanos de Cameros son liberales de nacimiento y adictos á las constituciones políticas de su país; son amantes del progreso por naturaleza; defensores de la independencia de su patria y enemigos de los extranjeros por convicción; y así es, que fueron infinitos los que en la revolucion de 1808 dejaron su existencia entre aquellos peñascales. Tambien en los siete años de la pasada guerra civil, han defendido con tesón y dignidad el trono constitucional de Doña Isabel II; arrojando de sus elevadas montañas á los enemigos armados de la Reina. Dignos si no, el General Balmaseda y el cabecilla don Basilio Garcia, cuando intentaron refugiarse en las alturas y pueblos de Cameros.

Pues si acudimos á la época de 1821 y de 1822, encontraremos á los nacionales de este país uniformados con lujo, instruidos como los que mas, y llenos de decision y de entusiasmo cual los primeros de España. Allí, desde los mas pudientes hasta los medianamente acomodados, incluso los artesanos, labradores y operarios de las fábricas de paños, todos eran defensores de la Constitucion. Hasta el clero es de lo mas liberal, tolerante é ilustrado, y cumple estrictamente con los deberes que le impone su alto y sagrado ministerio. Son sacerdotes instruidos, muy sociables, despejados casi todos, y oradores de púlpito los mas.

En fin, baste decir respecto del espíritu público de los cameranos, que en tiempo del gobierno absoluto, apenas habia voluntarios realistas en todo aquel país; y que los que vestían el uniforme de tales, eran casi todos hombres rústicos y de mala vida. En el pueblo de Soto de Cameros, cuyo vecindario ascendia entonces al número de 600 familias, no pasaron de 20 los defensores del Rey y de la religion.

Despejadas, muy trabajadoras y desprendidas las *serranas*; diestras en arreglar bien una casa, en confeccionar la comida, en servir con gusto una mesa, y todo lo que á este ramo concierne, las cameranas, repetimos, son en cambio morenas, graciosas, algo corpulentas, de bastante estatura,

muy afables, de pelo y ojos negros, de cejas pobladas y seno crecido. Visten, como en los demás puntos de Castilla la Vieja, aunque algo mas corto y poco ajustado el traje. Su carácter es franco, amable en sociedad, y apasionado. Se casan para querer mucho al marido, y para ser esclavas de sus hijos. Aisladas y reducidas al pequeño círculo de su país, privadas del mundo y de las grandes relaciones con personas cultas, no tienen la elegancia ni modales de corte necesarios: nacen, se crían, toman estado, envejecen y mueren, sin haber conocido ni disfrutado de las altas sociedades.

A estas bellas y pobres hijas de nuestra madre patria, puede aplicárseles muy bien aquellos sentidos versos de un jóven poeta andaluz:

¡Sufrid! ¡sufrid! si el pecho palpitante
Goces medita con perdida calma,
Los tiernos hijos, el varon amante,
Las dulces prendas en que adora el alma,
Venturas breves y dolor constante
Orlan del bueno la dichosa palma,
A cuya sombra de solaz fecundo
Feliz anhela contemplar el mundo.

EL RIOJANO.

El Príncipe Francisco, Alberto, Augusto, Carlos, Manuel, cuya muerte lamenta la Gran Bretaña, nació en 26 de agosto de 1819, en el palacio de Roseneau, y era hijo segundo del Duque de Sajonia-Coburgo-Gota. Su educacion fué muy esmerada, y su afición al estudio le puso en el caso de poderse aprovechar de las lecciones de profesores tales como Walter, Loebell, Bocking y Perthes, en la Universidad de Bonn.

Su enlace con la Reina Victoria verificado en febrero de 1840, le proporcionó connaturalizacion en Inglaterra, y como tal recibió el Príncipe Alberto los títulos de Alteza Real, Feld-Mariscal y Consejero privado con la dotacion de unos 750,000 francos anuales.

Posteriormente fué nombrado Coronel del 11.º de húsares y de los granaderos de la Guardia, Gobernador de Windsor, Caballero de la Jarretiere y del Toison de Oro y Canciller de la Universidad de Cambridge.

A su iniciativa es debida principalmente la inauguracion de aquellas grandes esposiciones universales á las que, Inglaterra en 1851 y Francia en 1859, invitaron las inteligencias industriales y artísticas de todos los países del globo.

Desde su union con la Reina Victoria, el régio cónyuge habia consagrado toda la capacidad de un espíritu muy rico en toda clase de conocimientos, á aliviar á su augusta esposa del peso de la soberanía, limitando eso no obstante su propia dignidad al papel secundario que le habia sido designado por la opinion.

Su salud se hallaba ya quebrantada hacia algun tiempo, cuando se decidió últimamente á pasar revista de varios batallones de voluntarios. La lluvia que no dejó de caer durante aquel acto, y que no tardó en calar los uniformes, agravó indudablemente la dolencia del Príncipe. Atacáronle dolores en la region lumbar, y no tuvo mas remedio que guardar lecho en el palacio de Windsor.

Aquel á quien el pueblo inglés se habia acostumbrado á mirar como uno de los suyos, aquel Príncipe que por espacio de veinte años habia sido el hábil y celoso promotor de toda obra útil, espiró á las once de la noche del día 14.

El *Times* ha hecho un tan magnífico como conciso elogio de este Príncipe diciendo: «La pérdida de sus servicios es una desgracia para el país.»

Inconsolable debe ser el dolor que la pérdida de tan amable esposo debe haber producido en el corazón de la Reina Victoria. Era en efecto el Príncipe Alberto uno de aquellos cumplidos modelos de galantería, de que apenas queda ya sino vaga memoria en las leyendas de los tiempos pasados.

Las dos siguientes anécdotas, cuya memoria se ha popularizado en Inglaterra, revelan la esquisita finura de sentimientos de aquella alma entusiasta.

Al ser presentado á la aristocracia británica el Príncipe Alberto, como aspirante á la mano de la Reina Victoria, denotó esta augusta señora su complacencia bailando con él y regalándole luego el ramillete que llevaba en el pecho. El favorecido galán rasgó con un puñalito la parte del uni-

forme que venia á caer sobre su corazon y allí colocó el precioso donativo que su linda futura le acababa de hacer.

Añaden que ésta, semejante á Lesbía, cuyas serenas pupilas, según dice Juvenal, solían empañarse con la vista de un pajarillo muerto, empalideció al ver el puñal y cayó desmayada en un sofá.

En otra ocasión, cuando ya el tiempo y la intimidad habrían dispensado á esposos vulgares de las esquisitas delicadezas de afecto que solo florecen por lo comun durante los primeros días, se cuenta que habiendo mediado una insignificante desavenencia entre ambos esposos, se encerró el Príncipe en su gabinete, á cuya puerta fué á llamarle allí á poco tiempo la Reina en persona.

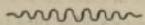
—¿Quién es? preguntó el Príncipe.

—La Reina, abre.

—Dispense la Reina, pero quiero estar solo.

—Alberto, replicó esta con ternura, soy tu esposa.

A estas palabras se abrió súbitamente la puerta y el galán esposo cayó de rodillas á los pies de la Reina.



Sepulcro de los Horacios y Curiacios denomina el vulgo de Roma al monumento que representamos en un grabado, y que por su construcción y forma puede considerarse como uno de los mas antiguos é interesantes que existen en el límite de aquella ciudad.

¿Será cierto que allí reposan los heroicos restos de los tres hermanos que 669 años antes de la venida del Redentor se inmolaron por la patria, reduciendo á combate personal la batalla que el ejército de Albano estaba á punto de dar contra el Romano?

Los críticos vacilan en conceder tan alto honor al sepulcro de que nos ocupamos, pues en realidad no presenta otra prueba para merecerlo que los cinco cipos ó conos que se elevan sobre el monumento, y cuyo número es igual al de las generosas víctimas de aquella jornada, (tres Curiacios y dos Horacios).

En concepto de otros, el monumento fué consagrado á la memoria del gran Pompeyo, y en este caso el número cinco no se refiere sino á sus cinco grandes victorias.

De todas maneras este fúnebre monumento consiste en una base cuadrada de 55 pies de circunferencia sobre la cual se elevan cinco pirámides cónicas de las cuales la del centro es la de mayor elevación. El edificio en su exterior está revestido de mazas cuadradas de piedra de Albano, y en su interior de trozos de peperino, unidos por medio de cemento. En el centro del zócalo hay una celdilla sepulcral destinada á recibir las cenizas del personaje á quien estaba destinada. No presenta vestigio de inscripción.

LOS CAZADORES DE BISONTES.

CAPITULO XIII.

Cacería de la vulpeja.

(Continuación.)

Pompo entró por fin en el maizal, mientras que Abel y yo seguíamos tranquilamente por la empalizada, teniendo cuidado de ir cada uno por su lado. Abel permaneció en el campo con el fin de hacer pasar al perro por cima de la cerca.

Una vulpeja podría fácilmente pasar por encima; pero hubiera sido un obstáculo insuperable para un perro.

Apenas habíamos andado cien pasos cuando un latido vivo y agudo lanzado por Pompo, nos anunció que había hallado alguna cosa en el maizal.

—Abel exclamó: ¡una vulpeja! y un instante después vi al perro correr con toda velocidad al través de los surcos que formaba el maíz, en dirección á la empalizada: delante de él iba un animal de color oscuro que de un salto flanqueó el obstáculo y huyó á los bosques, desapareciendo como un rayo.

—Es uno de esos voraces animales, repitió Abel, haciendo pasar el perro por cima de la empalizada, y apresurándose á su vez á tomar el mismo camino.

Yo noté de paso que por esta noche al menos la palabra animal voraz en boca de Abel, debía significar una vulpeja.

Nos precipitamos á través de los matorrales sobre la pista del perro; y por mi parte, lo confieso, espermenté todas las verdaderas emociones del cazador, como si hubiese perseguido á un ciervo ó á un gamo.

La carrera no fué larga; no duró mas de cinco minutos. Los fuertes latidos del perro, que hasta entonces nos habían guiado, se cambiaron de repente en notas regulares y continuadas.

—Vamos, me dijo Abel con la mayor calma; el animal está en su madriguera.

No teníamos mas que hacer que llegar al árbol á toda prisa; pero un mismo pensamiento nos ocurrió á los dos: ¿sobre qué árbol se habrá subido la vulpeja?

Esta pregunta no carecía de importancia, porque de su solución dependía el resultado de nuestra cacería. Si era en un árbol corpulento, podíamos decir adiós á la caza; y Abel lo sabía bien, pues al mismo tiempo que corría, me comunicaba sus inquietudes sobre el particular.

Los latidos de Pompo resonaban á algunos cien pasos mas lejos, en lo mas espeso del bosque. No era, pues, probable que el animal hubiera elegido un árbol pequeño, cuando los tenía corpulentos á su disposición. Yo había concebido la esperanza de que el árbol fuese hueco, y en este caso podíamos todavía esperar algun buen resultado con la escopeta. Abel no contaba con esta feliz casualidad.

—¿Se abrigó en un árbol seguramente de los mas corpulentos, que tiene una abertura en la cima! ¡La culpa la tiene la maldita empalizada! ¡Ella ha sido la causa de que el viejo Pompo lo haya dejado llegar á su árbol! ¡Por Dios santo!

Esto me hizo conocer que la velocidad es una de las cualidades esenciales de un perro destinado á esta clase de caza. La vulpeja no corre verdaderamente bien sino durante algunos centenares de metros; por eso raras veces se aventura á ir lejos de su madriguera. Si á esta distancia puede escaparse de las manos del cazador, está á salvo, porque su asilo está siempre colocado en un árbol hueco de los mas altos y corpulentos. Una vez allí, es imposible llegar á él, á menos de cortar el árbol; lo cual no pensaría en hacer el cazador mas decidido, pues aunque cogiese una docena de vulpejas, valdria menos el bulto que el coscorron. Un buen perro puede, pues, fácilmente atrapar al animal ó precisarlo á trepar sobre el primer árbol que encuentre; algunas veces éste es bastante pequeño para poderlo derribar de una sacudida ó á hachazos. Algunas veces tambien el mismo cazador sube al árbol y obliga al animal á saltar al suelo, donde cae, por decirlo así, entre los dientes del perro.

Abel estaba persuadido que á no ser por la empalizada, Pompo hubiera dado caza al animal antes de haber llegado al bosque.

—Os lo había dicho bien, dijo, interrumpiendo el curso de mis reflexiones; mirad este árbol: su tronco es mas grueso que una hacina de heno.

Seguí con la vista la dirección indicada por mi compañero, y vi á Pompo detenido al pié de un árbol de una dimensión enorme. El pobre perro tenía la nariz al viento, y sacudía la cola con una precipitación sin igual; de tiempo en tiempo ladraba fuertemente. Sin darme tiempo á hacer la menor observación, Abel volvió á comenzar las exclamaciones.

—¡Ah diablos! Es un árbol para botones. ¡Ah Pompo, mi viejo perro, te has equivocado! No es ahí donde está el voraz animal: una vulpeja no trepa jamás á un árbol de esa clase. ¡Debias saberlo bien, viejo loco!

Estas palabras del cazador negro, me animaron á examinar el árbol, y no tardé en conocer que era un sicomoro americano (*platanus occidentalis*), generalmente conocido con el nombre de *árbol boton*, porque de su madera se hacen los botones en los Estados-Unidos.

—¿Pero por qué la vulpeja no se abrigaría en este árbol lo mismo que en otro? pregunté á mi compañero.

—Es porque su corteza es demasiado resbaladiza. Trepa fácilmente á una encina, á un álamo, y por toda corteza ruda y escabrosa. ¡Bueno, he adivinado! continuó Abel, alzando la voz: mirad por allí; se ha lanzado por la parra. Vamos Pompo, al fin tienes razón, y el viejo negro es un loco. ¡Bravo, perro mio, te has portado bien!

Siguiendo la dirección indicada por Abel, mis ojos se

pararon sobre una gran cepa de parra de la especie de las lianas. Este parásito tenía su raíz á corta distancia del sicomoro, y sus vigorosos sarmientos enlazaban el tronco del árbol á la altura de las horquillas de las ramas. Esta parra sin duda había servido de escala á la vulpeja para llegar á su madriguera.

Este descubrimiento no nos hizo adelantar mucho en nuestra empresa. El animal se había refugiado á cerca de cincuenta pies de altura, en la parte en que el sicomoro había sido desgajado por el viento ó por el rayo. Con la claridad de la luna podíamos fácilmente distinguir la abertura de una concavidad profunda. El tronco era de los mas corpulentos, y hubiera sido una locura el tratar de tirarlo á tierra.

Fué necesario resignarnos á abandonar el puesto y á regresar al maizal.

El perro había guardado silencio por algunos momentos, y esperábamos bien pronto ver otro animal mas.

No nos habíamos engañado. Apenas Pompo entró en el maizal, hizo saltar una segunda vulpeja, que, salvando la empalizada, se dirigió igualmente al bosque.

En el momento que Pompo fué pasado por cima de la empalizada, fué á su alcance, y en pocos minutos la caza se metió en su madriguera.

Orientados por los latidos del perro, creímos que era en las cercanías del sitio donde perdimos el otro; pero cuál fué nuestra admiración y nuestra pena cuando al llegar al punto descubrimos que los dos animales estaban en el mismo árbol.

No repetiré, señores, las imprecaciones que salieron de los labios de Abel y de los míos; nos fué necesario volver al maizal, donde después de un ojeo de corta duración, levantamos una tercer vulpeja, que, como las dos primeras, huyó en dirección del bosque.

Pompo la persiguió tambien, lanzando ladridos que expresaban su cólera; ya sabíamos á qué atenernos: el animal había elegido su fortaleza.

En un abrir y cerrar de ojos llegamos donde estaba el perro. Aquí nuestra extrañeza se cambió en estupefacción. Ante nosotros se levantaba siempre el mismo sicomoro, enlazado con su parra parásita; el perro ladraba al pié del árbol, en la misma posición que anteriormente. La tercer vulpeja había ido á reunirse con las otras dos.

—¡Ah! exclamó Abel, temblando de rabia y de espanto. ¡Es el mismo animal voraz! ¡No es una vulpeja, es un diablo! ¡Por Dios, vámonos de aquí!

Fué, pues, necesario resignarnos á seguir este consejo, vista la imposibilidad en que estábamos de continuar la cacería.

Volvimos aun al maizal. Pompo hizo vanos esfuerzos para hallar otra pista: las vulpejas, escamadas, se habían retirado. No obstante, como era todavía temprano, no quise abandonar la partida antes de haber asistido á la muerte de un animal. Abel me aconsejó entonces le siguiésemos á través del interior del bosque hasta un paraje en que los árboles eran mas pequeños. Allí podremos encontrar caza, decía él, ocupada en buscar nidos de aves.

El viejo negro no se equivocaba: en pocos minutos una cuarta vulpeja se halló frente á las narices de Pompo, que la persiguió; y muy pronto los latidos regulares del buen perro llegaron á nuestros oídos. Esta vez, según la dirección de donde partía el latido, estábamos seguros de que el animal no estaba en el maldito sicomoro. Efectivamente, el *raccoon* había trepado á otro árbol, á un arbusto mas bien, y tan pequeño, que al llegar á algunos pasos, le percibimos agazapado entre las ramas, á casi veinte pies del suelo.

Estábamos seguros de nuestra victoria; así al menos lo pensamos.

Yo había apuntado, é iba á disparar, cuando repentinamente, como si hubiera previsto mi intención, el animal se lanzó á otro árbol inmediato. Una vez allí, se dejó deslizar al suelo, y volvió á emprender su carrera, perseguido por Pompo.

Pensábamos que el perro iba á obligarle á refugiarse en alguna parte, y así sucedió. En algunos minutos la vulpeja trepó á un árbol en los altos bosques, como anteriormente.

Seguimos la pista guiados por el latido del perro. ¡Qué horror, amigos míos! Quedamos estupefactos; yo de admiración, y Abel de terror, al reconocer el mismo sicomoro.

El pelo de Abel se había erizado. Las ideas religiosas del pobre negro se limitaban á algunas débiles nociones de superstición. Por eso, no solo afirmaba, sino que tengo la convicción que creía que los cuatro animales eran un solo y único personaje..... ¡el diablo!

A pesar de ser un buen cazador, hubiera abandonado su caza, regresando al pueblo, si yo le hubiese dejado hacerlo; mas quería ir adelante y satisfacer mi deseo. Tantas carreras inútiles habían herido mi amor propio y tomé una resolución: la de hacer salir los animales á toda costa. El árbol debía venir á tierra aunque tuviésemos que trabajar hasta el amanecer.

Inmediatamente tomé el hacha del negro y di el primer golpe. Con gran sorpresa y placer conocí que el árbol estaba hueco; redoblé los golpes y el cortante instrumento penetró hasta el interior. Efectivamente, el árbol estaba completamente hueco; por donde yo le había atacado, no había mas que corteza.

En pocos instantes abrí una brecha suficiente para meter la cabeza. Echar por tierra un árbol semejante, no podía ser cosa muy difícil: en una hora podíamos conseguirlo.

Nos decidimos, pues, á derribar el árbol.

Al ver Abel mi resolución había recobrado un poco los sentidos, volviendo á su primitiva energía: tomó á su turno el hacha; y como era un leñador vigoroso, la abertura no tardó en ensancharse.

—Si el hueco llega hasta arriba, dijo, descansando un instante, podemos ahumar á esos animales voraces. Con esta leña vieja y con la yerba seca que está aquí, podríamos ahogar con el humo al mismo diablo. ¿Queréis que lo ensayemos?

—Tienes razón, le dije; tu idea es excelente.

Algunos minutos solamente nos bastaron para encender en la concavidad del árbol una hoguera, que cubrimos de yerbas y hojas.

El humo hizo bien pronto su efecto: le vimos salir lentamente por la abertura donde estaban las vulpejas; al principio en espirales prolongadas, y despues en espesas nubes. Oímos entonces en el interior del árbol un confuso ruido que se parecía á una carrera desordenada.

Un instante despues, un objeto negro como el verdadero diablo, se lanzó fuera del agujero, agarrándose á los sarmientos de la parra, y se mantuvo asido en medio de las hojas. Este animal fué seguido de otros cinco, hasta que por fin aquella manada de seis vulpejas quedó agazapada encima de nuestras cabezas, amenazando á cada instante descender y escaparse á favor de la oscuridad. No trataré de hacer una descripción de la escena que tuvo lugar entonces. Había tomado mi escopeta; en un abrir y cerrar de ojos disparé los dos tiros, y dos animales cayeron heridos mortalmente. Pompo estrangulaba el tercero, que había creído aprovecharse del desorden para bajar de la parra y escaparse; Abel, por último, había hendido de un hachazo la cabeza del cuarto animal, que trataba también de evadirse por el mismo camino.

Los otros dos habían vuelto á entrar nuevamente en su madriguera; pero bien pronto, viéndose obligados á salir, perecieron víctimas de mi buena puntería. Había tenido tiempo de volver á cargar mi escopeta, y no erré el tiro.

Como veis, habíamos logrado meter en nuestros morrales toda la familia.

Tal fué el resultado de esta escursión, que Abel se complacía en decir siempre que era la mejor cacería de vulpejas que jamás había visto.



Francisco, Alberto, Augusto, Carlos, Manuel, PRINCIPE CONSORTE, de Inglaterra, muerto el día 14 de diciembre de 1861. (Véase pág. 6.)

La noche estaba muy avanzada, el alba se aproximaba cuando echamos á la espalda nuestra caza. Regresamos pronto á casa para reparar las horas perdidas y entregarnos al sueño.

CAPITULO XIV.

Los jabalies del desierto.

Al día siguiente, al tiempo de atravesar un bosque de encinas de pequeña estension, cuyo suelo estaba cubierto de una espesa capa de hojas secas, oímos repentinamente, á unos veinte pasos de nuestra comitiva, un ruido particular, un resoplido semejante al de un fuelle de forjar, ó por mejor decir, al gruñido del cerdo cuando está espantado.

—¡Un oso! exclamaron algunos de entre nosotros; y esta exclamación inesperada nos causó á todos una emoción indecible.

¡Un oso! Pero para nosotros, verdaderos cazadores, era una fiesta; y en presencia del Maestro Martin, el mismo bisonte no hubiera sido mas que una caza secundaria.

Nuestros mismos guías se equivocaron. Estaban persuadidos de que se hallaba en las cercanías un oso; pero no tardamos en conocer que ninguno de nosotros tenía razón. Nada era menos extraño que hallar semejanza entre el ruido escuchado y el gruñido del cerdo, porque el animal que nos tenía alerta era precisamente un jabalí.

¡Pues qué! dirá el lector: ¡Un jabalí en el Missouri! Querán VV. decir un pécár. No, no era un pécár; porque esos cerdos monteses no se aventuran en las llanuras tan frías como las del Missouri. No era tampoco un jabalí, propiamente dicho; y sin embargo, era un animal de esta familia, un cerdo que se había hecho montaraz, y feroz tanto como podía serlo, según parecía, aunque no habíamos hecho mas que distinguirlo, con las cerdas erizadas y cubiertas de lodo,

en el momento que penetraba por entre las malezas, lanzando furiosos gruñidos. Una media docena de escopetazos se dispararon á la vez, y, al parecer, el animal había sido herido por una de nuestras balas. Sin embargo, logró escapársenos; y este incidente de caza, en lugar de proporcionarnos una cena abundante, nos proporcionó únicamente... una materia para la conversacion.

En todos estos bosques, apenas cultivados, hay un gran número de cerdos medio montaraces; habitan ordinariamente algunas malezas cerradas con empalizadas, que pertenecen á algunos particulares. Durante una parte del año son menos feroces, es en la época en que la escasez de alimento les obliga á aproximarse á la casa del amo, no lejos de la cual se les echa el grano en algunos parajes que les son conocidos. Responden entonces á un grito particular, que puede ser oído á mas de una milla de distancia en el fondo de los bosques. Con frecuencia por la noche, cuando el tiempo está en calma, el viajero que atraviesa estas lejanas comarcas, se detiene admirado con este grito singular.

Estos animales hallan la mayor parte de su subsistencia entre los bosques; la agalla del haya, la nuez de los hickorys, la bellota de la encina chinguapin y granos diferentes, les proporcionan un alimento abundante. Desentierran además muchas raíces y ciertas clases de plantas; pero una serpiente es el manjar mas delicioso para ellos cuando lo pueden hallar. Se puede verdaderamente afirmar que la introducción del puerco doméstico en la América es la que mas ha contribuido á la destrucción de estos reptiles. En los bosques que han servido de pasto á una piara de cerdos, las serpientes de todas especies son escasesamente raras, y se puede cazar semanas enteras en estos parajes sin hallar una sola. El cerdo parece tener la mas grande antipatía á la raza de la serpiente, y sin embargo, ninguno de estos reptiles le causa el menor espanto.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Sr. D. M. C. P.—Archidona.—Recibida su remesa.	Sr. D. G. L.—Logroño.—Recibida su remesa.
Sr. D. J. D. R.—Ferrol.—Id.	Sr. D. J. G. S.—Santoña.—Id.
Sr. D. C. B.—Martos.—Id.	Sr. D. F. B.—Teruel.—Id.
Sr. D. F. B.—Ceuta.—Id.	Sr. D. A. P. M.—Muros.—Id.
Sr. D. J. J. G.—Peñón de Velez.—Idem.	Sr. D. M. G.—Llanes.—Id.
Sr. D. V. de P. G.—Oleza.—Id.	Sr. D. P. A.—Valencia.—Id.
Sr. D. A. G.—Igualada.—Id.	Sr. D. J. C. G.—Ferrol.—Id.
Sr. D. A. A.—Santoña.—Id.	Sr. D. M. L.—Estella.—Id.
Sr. D. A. E. C.—Trayguera.—Id.	Sr. D. M. V.—Irun.—Id.
Sr. D. M. D.—Lago.—Id.	Sr. D. J. C.—Huelva.—Id.
Sr. D. D. Q.—Pacheco.—Id.	Sr. D. M. A.—Valladolid.—Id.
Sr. D. A. L. C.—Cangas de Onís.—Idem.	Sr. D. B. D.—Palma.—Id.
Sres. R. I.—Sevilla.—Id.	Sr. D. F. G.—Coria.—Id.
Sr. D. R. A. A.—Falcet.—Id.	Sr. D. F. R.—Pamplona.—Id.
Sr. D. R. V. C.—Motril.—Id.	Sr. D. B. M. G.—Cartagena.—Id.
Sr. D. F. V.—Logroño.—Id.	Sr. D. J. R.—Montagut.—Id.
Sr. D. E. G.—Linares.—Id.	Sr. D. J. C. M.—Barcelona.—Id.
	Sr. D. P. P.—Teruel.—Id.

El Adm., A. LOPEZ.

ADVERTENCIA.

Con el próximo número recibirán nuestros suscritores la cubierta, portada é índice de materias contenidas en el tomo del PANORAMA UNIVERSAL perteneciente al año 1861.

Por todo lo no firmado, el Secretario, F. MEDINA-VEITIA.

Director y propietario, D. M. PEREZ DE CASTRO.
Editor responsable, D. Jacinto Rodriguez.

MADRID: 1862.—Imp. y Lit. del ATLAS, á cargo de J. Rodriguez, calle de San Bernardino, núm. 7.